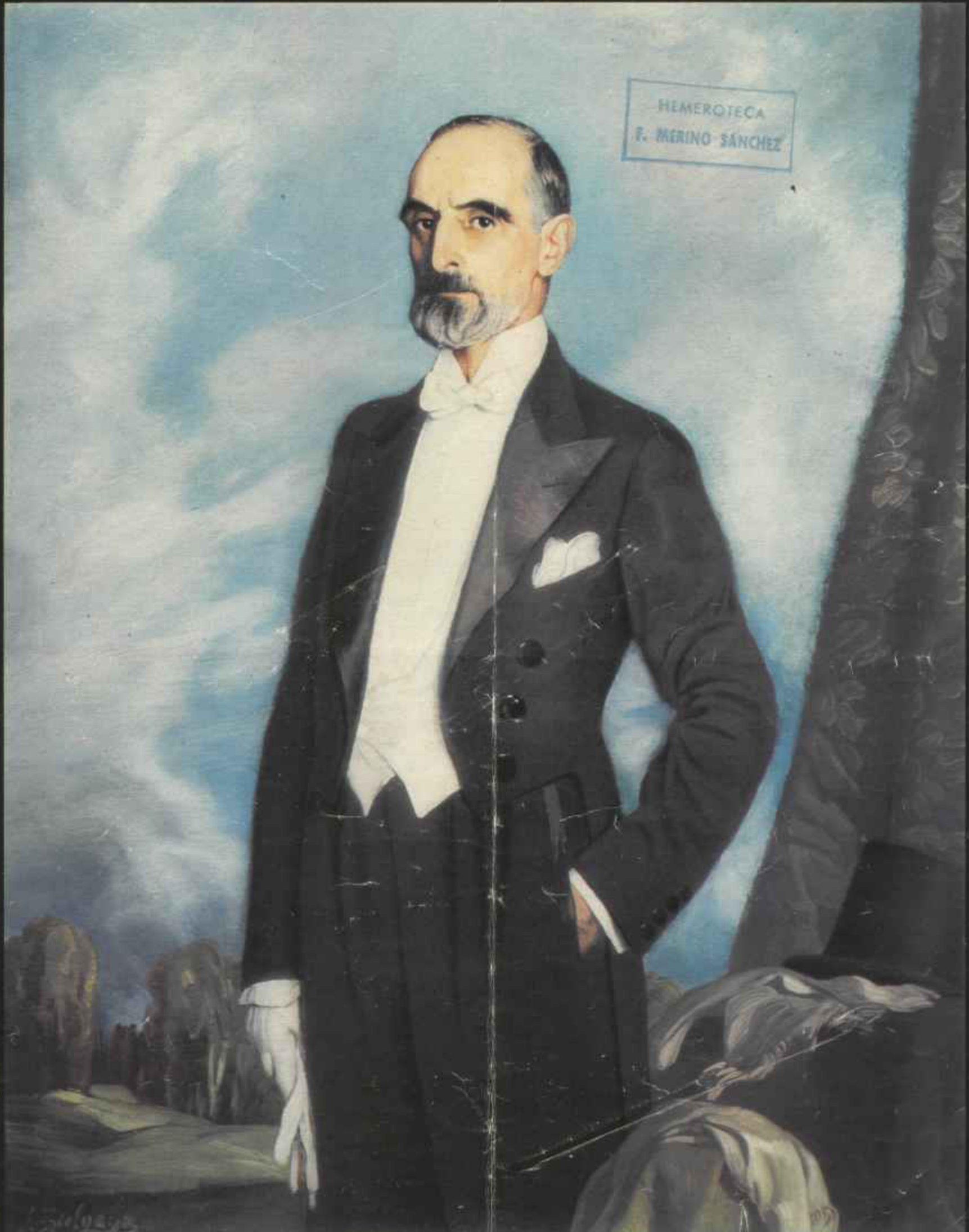


Número 1804 25 pesetas  
Barcelona, 29 de abril de 1972

ÍNDICE

**DESTINO**

# A LOS VEINTICINCO AÑOS DE LA MUERTE DE CAMBO



PORTADA: IGNACIO ZULOAGA: "RETRATO DE D. FRANCISCO CAMBÓ"

Don Francisco Cambó, en 1916, trabajando en las oficinas que la Lliga tenía instaladas en Madrid.



# A LOS VEINTICINCO AÑOS DE LA MUERTE DE CAMBO (1876-1947)

## CRONOLOGIA

1876 2 septiembre. — Nace en Verges (Gerona). Su infancia transcurre, hasta los cuatro años, en esta población, y después en Bessú, villa natal de su padre.

1886 octubre. — Ingresa como pensionista en un colegio de Figueras, y después a Gerona donde empieza a cursar el bachillerato.

1895 13 marzo. — Estudiante en Barcelona, pronuncia, en el Centre Escolar Catalánista, su primera conferencia: «Fonsament del dret de propietat».

1897 Terminadas las licenciaturas en Derecho y en Filosofía y Letras, en la Universidad de Barcelona, entra como pasante en el despacho de don Narciso Verdagué y Callís. Se encarga al propio tiempo de la sección de política extranjera y movimientos regionalistas de «La Veu de Catalunya», semanario que dirigía el propio Verdagué. Se acredita rápidamente de brillante escritor y óptimo periodista.

1901 25 abril. — Se constituye la Lliga Regionalista, bajo la presidencia del doctor Robert. Cambó, ya con subidos prestigios de político, orador y escritor, se destaca desde el primer momento en la nueva organización, al lado de Verdagué y Callís, Domènech y Muntaner, Prat de la Riba, Durán y Ventosa, Puig y Cadafalch y Abadal.

10 noviembre. — Candidato de la Lliga Regionalista, en las reñidas elecciones celebradas este día es elegido concejal del Ayuntamiento de Barcelona por el distrito VI.

1906 Febrero. — Firma el manifiesto de Solidaridad Catalana. Con este movimiento, que organizó y condujo con prodigiosa actividad, quedó erigido en jefe indiscutible del regionalismo catalán.

1907 19 abril. — En Hostafranchs, resulta gravemente herido de un atentado cuando se dirigía en coche con Nicolau Salmerón para dar un mitin en Sans.

21 de abril. — Es elegido diputado por Barcelona. Triunfan en toda Cataluña las candidaturas de Solidaridad Catalana.

1916 Marzo. — Firma, como diputado de la Lliga Regionalista, el manifiesto «Per Catalunya i l'Espanya gran».

1918 22 marzo - 9 noviembre. — Es ministro

de Fomento en el Gobierno nacional que preside Maura, y que integran los jefes de los grupos parlamentarios, Don Juan Ventosa, primero al frente de la Comisaría de Abastos, entró también después a formar parte del Gobierno, por la necesidad que hubo de elevar a Ministerio dicha Comisaría.

1921 15 de agosto - 1922, 8 marzo. — Es ministro de Hacienda en el Gobierno Maura. Como años antes en Fomento, su figura de estadista adquiere el mayor relieve.

1922 28 septiembre. — En la carretera de Jerez de la Frontera, cerca de Sanlúcar, es objeto de un atentado, del que sale afortunadamente ileso.

1923 7 enero. — Pronuncia, en la Barceloneta, una memorable conferencia, proclamando sus ideales de siempre y condenando el separatismo.

1923 13 de septiembre. — 1930, 28 enero. Durante este periodo —Dictadura de Primo de Rivera— crea sus grandes instituciones culturales: «Fundació Bernat Metge», «Fundació Bíblica Catalana», «Monumenta Catalonae», «Fundació Cambó», ésta en la Sorbona. Realiza largos viajes a Oriente y América, alternados con los que, como de costumbre, efectúa por Europa. Forma también en este periodo su colección particular de pinturas clásicas, haciendo las adquisiciones de los cuadros con el pensamiento puesto en el destino que les quiere dar a su muerte. Además de numerosos artículos que se publican en «La Veu de Catalunya» y otros diarios, escribe cinco libros admirables: «Visions d'Orient», «Entorn del feixisme italià», «La valoració de la pesseta», «Les Dictadures» y «Per la concòrdia».

1930 Últimos de enero. — A la caída de la Dictadura se le requiere urgentemente, desde Madrid, para que se encargue de la dirección política del nuevo Gobierno. Desgraciadamente se ve privado de entrar en el Gobierno, aunque por el momento, en la reunión celebrada con el duque de Maura, el general Berenguer y el duque de Alba, en el palacio de éste en Madrid, la verdadera causa queda velada: en aquellos mismos días le ha sido diagnosticada una gravísima enfermedad, que pone en peligro su existencia. Por fortuna, después de difícilísima intervención quirúrgica practicada en Londres, pudo, al cabo de un tiempo, aun-

que con la salud quebrantada, reincorporarse a la política.

Marzo. — Constituido el Gobierno Aznar, en el que figura don Juan Ventosa, forma el partido de Centro, con el programa publicado en diciembre anterior.

11 de marzo. — Publica un artículo en el que, ante el avance del movimiento revolucionario, advierte una vez más, que la República no puede significar para España otra cosa que el caos, la anarquía y el comunismo.

1932 13 diciembre. — Reaparece en la tribuna pública, pronunciando un discurso en el acto de presentación de los candidatos catalanes al Parlamento de Cataluña.

Ello significó su plena reincorporación a la política después del advenimiento de la República y de un periodo de alejamiento durante el cual escribió series de artículos interesantes, que se publicaron en «La Veu de Catalunya».

1933 Noviembre. — Su febril actuación política de este año culmina en el triunfo electoral de este día. Bajo su dirección personalísima, las candidaturas de la Lliga Catalana al Parlamento de la República derrotan en toda Cataluña las de sus contrarios de Esquerra. La Lliga obtiene la más nutrida representación parlamentaria de su historia.

1936 18 de julio. — El suyo es el primer domicilio que las turbas sañan en Barcelona.

1936 Julio. — 1939, abril. — Tarea muy larga sería la de resumir el bien que en todos momentos prodigó su alma prócer. Trasladándose constantemente de una parte a otra de Europa, acude al presente con todos sus recursos y con la inmensa eficacia de su prestigio internacional. Trabaja largas horas. Protege a numerosos amigos y sufre indolentemente por la tragedia española, que él quiso siempre evitar.

1940 Pasa por España, procedente de Suiza. Se dirige a Portugal y a los Estados Unidos, trasladándose luego a la República argentina y estableciendo su residencia en Buenos Aires. Mantiene constante comunicación con sus amigos de España.

1947 30 abril. — Fallece cristianamente en Buenos Aires, cuando lo tenía todo dispuesto para emprender, con su esposa y su hija, el regreso a España.



Josep Roca i Roca, Francesc Cambó y Miquel Junyent, miembros de la comisión organizadora de la Solidaridad catalana (1906).



Llegada a Barcelona (1920) de los señores Cambó y Ventosa después de terminar sus tareas parlamentarias.

# EL SEÑOR CAMBO

José Pla

**E**l señor Cambó nació el 75 del siglo pasado, de manera que dentro de tres años se producirá el centenario de su nacimiento. Por el lado paterno, su familia tiene un antiquísimo arraigo en la población de Besalú, que fue un día capital de un condado fugaz y durante siglos su historia se caracterizó por la presencia en ella de un monasterio de monjes benedictinos de gran calidad y ambición feudal, que luchó a brazo partido con el monasterio de Ripoll. En realidad tuvo dos monasterios de la orden de san Benito, porque al norte de Besalú, y muy cerca, está Palera, de origen

acusadamente francés y que el difunto obispo Cartaña hizo restaurar con una felicidad discutible.

## Los Cambó de Besalú

Besalú está sobre el río Fluviá — sobre el cual tiene un puente gótico precioso —, que yo creo que es el río más bello de este país. La población es una auténtica joya del románico, sobre todo ahora que sus documentos de este estilo han sido restaurados con gran acierto y la población limpiada y bien compuesta. Todo esto ha sido obra del señor Vilarrasa y de la sociedad que fundó de los Amigos de Besalú, que ha trabajado admirablemente. Lo único que no ha podido restaurarse y reconstruirse ha sido la iglesia de Santa María, situada en el punto más alto de la población y que fue en gran parte arrasada por las tropas de Napoleón en la guerra de la Independencia. En la época de la infancia y de la adolescencia del señor Cambó, Besalú era un pueblo pobre y abandonado, descompuesto, que debió tener un punto de sombrío. La gente pobre de la población se dedicaba a la fabricación de alpargatas y al contrabando a través de la frontera francesa. En realidad era una población fronteriza y tenía aquel punto de misterio y de mutismo recóndito que suele caracterizar todavía hoy esta clase de poblaciones.

En un libro que pude escribir el pasado verano sobre La Garrotxa, gracias a la hospitalidad, la experiencia y la documentación del doctor Miquel Verdagué, de Mieres, y que algún día se publicará, trata de discutir los límites de esta comarca. A mi modesto entender La Garrotxa propiamente dicha es una formidable mata de árboles situada entre el Fluviá y el Ter. Al norte del Fluviá, es decir, La Garrotxa Alta, no es más que la vertiente peninsular de la comarca del Vallespir en el Rosellón y de la cual está separada por la frontera trazada por el Tratado de los Pirineos. La Garrotxa Alta y el Vallespir son dos comarcas muy parecidas, sólo que la primera está en Cataluña y la otra en Francia. Mi idea es que Besalú es mucho más del Vallespir que de La Garrotxa misma. Lo que han conocido realmente bien, las personas que viven por aquí, han sido los países de la frontera y la geografía de los Pirineos.

La Garrotxa propiamente dicha ha estado rodeada, históricamente hablando, de tres grandes monasterios benedictinos: el de Bañolas, que ha sido estudiado por el viejo Alsius en un libro considerable, aunque bastante tímido; el de Besalú, que está en la obra de D. F. Montsalvatge, y el de Amer, sobre el cual hay una documentación reciente y que conozco muy por encima. Este monasterio de Amer tiene una gran importancia en la historia del país, porque fue una comunidad que siguiendo el curso del Ter se proyectó sobre el Ampurdán, hasta el mar, hasta el punto que yo creo que lo románico que existe en el Ampurdán es obra del monasterio de Amer. Pero esto es una opinión personal, sin importancia alguna, desde luego.

El señor Cambó, de Besalú, en el momento que creyó conveniente casarse hizo lo propio que los antiguos monjes de Amer: se proyectó sobre el Ampurdán y se casó con una señorita de Verges, la señorita Batlle y de esta conjunción apareció F. de Asís Cambó y Batlle que este es el nombre auténtico y real del político. Verges — castellanización grotesca de Verger (es decir, vergel) — es un pueblo muy rico (agrícolamente hablando), de bastante regadío, muy abandonado, con una punta de feudalismo del barroco, que fue uno de los feudos más sustanciosos del condado de Ampurias y que todavía hoy se conserva muy deslavazado y descompuesto.

Todo esto lo digo en relación con el señor Cambó, es decir, para dar una idea de la cantidad de tradición y de historia que este señor llevaba en su cuerpo. Y no lo digo pensando en la posición que sus antepasados inmediatos adoptaron frente a las tres guerras

civiles del pasado siglo que fue francamente tradicionalista, como la de tantas familias de este espacio. Lo digo por la totalidad del complejo de estirpe de este tronco besaludinese tan antiguo.

Después de la tercera guerra civil carlista, el espacio de que estamos hablando, que fue totalmente dominado por el general don Francisco Savalls Massot, que tuvo un cuartel general en Mieres, quedó completamente arruinado. Muchas familias quedaron en los huesos. No debió ser muy buena la posición de los Cambó de Besalú, cuando decidieron, para que el hijo estudiara el bachillerato, mandarlo a Gerona, ganando un pequeño sueldo en la farmacia que el señor Pérez Xifra tenía muy cerca de la plaza del Vino. El señor Pérez Xifra solía ser entonces senador liberal del Reino, a veces. Yo lo conocí: era un impresionante fantasmón, muy tieso y engolado, casado con una señora de conspicuo corsé, que fue durante muchos años presidente de la Acción Católica de Gerona y que en su magnífica casa de la plaza del Oli se produjeron algunas intrigas eclesiásticas bastante divertidas. Con este andamiaje es natural que el senador tuviera la farmacia más adinerada de la capital y así el joven Cambó pudo pagar, en parte, el gasto ocasionado por su presencia en las aulas del Instituto General y Técnico.

## El joven Cambó en Barcelona

Pasado a Barcelona para estudiar en la Facultad de Derecho, sus posibilidades económicas fueron siempre bastante escasas. Conoció algunas casas de huéspedes irrisorias, otras mejores, pero ya siempre se mantuvo por sí mismo. Yo no conozco fotografías del Cambó incipiente, ni de estudiante, cosa que sorprende porque en los momentos presentes la información gráfica que se da hoy sobre los grandes hombres inmediatos es abundantísima. En aquellos años, sin embargo, la fotografía estaba en sus principios. El señor Ripoll, que llevaba barba, era abogado importante y llegó a ser presidente de Cros, S. A. y conoció a Cambó por este tiempo, me dijo algunas veces que el joven era flaco y esbelto, muy nervioso, a veces francamente espiritado y polemista constante y temible. Su ideal era hablar, discutir, polemizar. Era muy fumador, escasisimo bebedor y concurría a los cafés donde se concentraba alguna tertulia política. En este punto, sin embargo, no tenía manías, su pasión comunicativa le llevaba a discutir con el primero que encontraba. Era muy sensible y en todos sus actos había un deseo de información constante. Esta clase de tipos suelen producir curiosidad, pero en general no son simpáticos. En un país tan viejo, tan envidioso y celoso y de amabilidad tan estratégica, la simpatía se logra, en general, cuando se tiene algo para dar y Cambó en aquel momento no tenía nada disponible.

Cambó, en todo caso, se acercó a las personas del catalanismo político, capaces de hacer algo positivo y serio en el sentido de intervenir, de organizar y de mandar. En 1895, llegar a estos resultados parecía la mayor de las utopías, pero había dos grandes excitantes: el fracaso de la primera República y del federalismo, encarnado aquí en la persona de Almirall y el desastre que indefectiblemente llevaba la política del Estado en la cuestión colonial. En los decenios comprendidos entre estas dos fechas, los promotores industriales de este país habían logrado una gran victoria imponiendo un proteccionismo económico contra un librecambismo que había sido la causa de la gandería, la ignorancia y el atraso peninsular. En este sentido, la figura del señor Güell y Ferrer, incansable propugnador del proteccionismo, es muy importante. Externamente esta impresionante pugna que llevaba más de un siglo de duración arrastró todo lo demás: la lucha por el derecho catalán, el descubrimiento del país, el esfuerzo contra la desprovincialización, la crea-

ción de una política real, no aduladora, sino responsable. La campaña del proteccionismo que parece puramente económica originó un proceso mucho más vasto y complejo.

No puedo entrar en detalles. Por otra parte, sobre esta época del traspaso de la cuestión económica catalana a la obsesión política, escribí unos libros hace ya bastantes años. Cambó no intervino en la polémica que se armó, con la aparición de unos políticos auténticos en este país. Esta aparición es sensacional, porque desde Felipe V y el Decreto de Nueva Planta no se había producido un hecho semejante. Era demasiado joven para ello. Se ahorró así mucho tiempo perdido y una verbosidad fenomenal. Fue una pugna entre políticos auténticos, el primero de los cuales fue Prat; es decir, pragmáticos, relativistas y negociadores y una nube de pectastros energúmenicos y, por tanto, irreales. El caso es que los políticos ganaron y acabaron por imponerse. Quiero decir con ello que la bohemia, el capricho, el infantilismo y la irrealidad más o menos sentimental, quedaron descartados, sin que ello quiera decir que no quedara en el país un poso de snobismo anarquizante. Ello es típico del Mediterráneo. Ahora los liberales de Italia están descubriendo que el fascismo es eterno en aquel país.

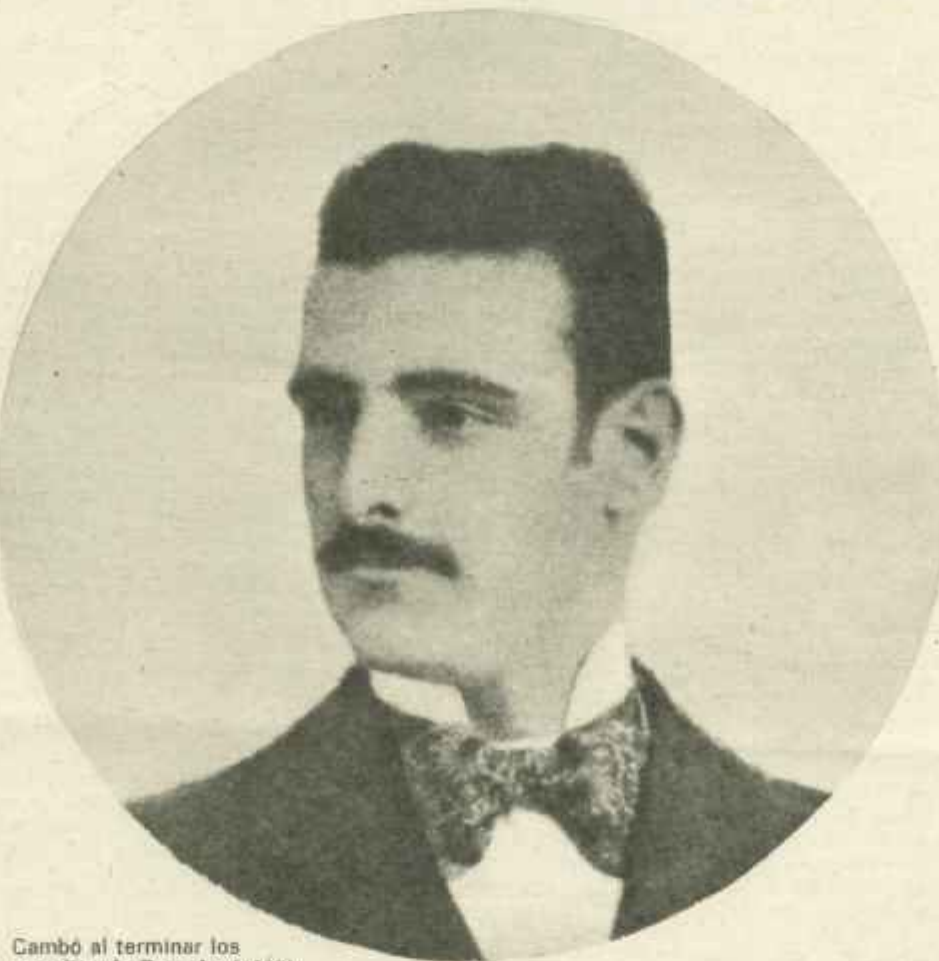
### Su enorme actividad política

La entrada de Cambó en la política del país se manifestó por una gran actividad. La primera obligación de un político es reconocer lo que uno tiene delante y en este sentido España, por la Constitución del 76, era una monarquía constitucional «parlamentaria». No se podía, pues, hacer nada sin tener una representación parlamentaria. Había, pues, que buscarla penetrando en las entrañas del país. En Barcelona alguna elección se ganó cuando la cuestión económica fue apremiante utilizando los organismos económicos, lo que dio a la opinión pública la vaga creencia de que las viejas combinaciones de los partidos centralistas, conservadores y liberales para dar una representación parlamentaria a Pi y Margall, Sol, Ortega, etc. se habían terminado. Todo esto era muy infundado. El triunfo de los elementos económicos no tuvo mañana. Más tarde, Lerroux salió diputado por Barcelona con los votos monárquicos. Estaba todo por hacer, desde Barcelona a la más remota comarca. Había que ganarlo todo a pulso. Si el país tenía por la constitución de Cánovas, una estructura parlamentaria, había que descunariarla y desprovincializarla, y pasen las palabras horripilantes.

Cambó entró en este trabajo con una vitalidad extraordinaria. Fue un hombre que se vanagloriaba de muy pocas cosas. De una se vanaglorió siempre: de haber sido el hombre de su tiempo en este país que había viajado más en tartana. Llegó a tener de esta geografía un conocimiento extraordinario. Lo removió todo, habló con todo el mundo, hizo tantas visitas, pronunció tantas conferencias, echó tantos discursos, discutió con tanta gente que su exposición sería literalmente inacabable. Lo que hizo en Barcelona es más conocido, por haber sido más divulgado. A partir de su presidencia de la Asociación de Estudiantes se originó en la realidad de su persona un proceso de intervención en instituciones, estamentos, sociedades, grupos y personas que, examinando sin pasión esta actividad, uno queda pasmado. Esta refulgente actividad había de dar un resultado y lo dio: fue la creación del primer partido político particularista de este país, que se llamó la Lliga Regionalista. Hacia siglos que en este país no se había producido un hecho semejante.

En un insignificante retrato que escribí sobre don Juan Ventosa, años atrás, traté de explicar — dentro de mis escasísimos medios — lo que fue

internamente este partido. En primer lugar, fue un partido de dirección colegiada, quiero decir que las personas que formaron parte de su dirección — la Comisión de Acción Política — tuvieron los mismos derechos e idénticas responsabilidades. No hubo ni presidente, ni secretario, ni vocales, ni la consabida requincalla, lo que hace suponer que todos los acuerdos fueron unánimes y la responsabilización fue total. No hay ningún rastro escrito de los acuerdos tomados — que yo sepa al menos —. La Comisión a que aludía discutía los asuntos que se tomaban, indefectiblemente, por unanimidad. Los que discrepaban no tenían más que un camino, que era marcharse. Cuando el rey Alfonso XIII vino a Barcelona con el presidente Maura, y Cambó hizo un discurso presentando, muy diplomáticamente, la cuestión catalana, don Jaime Carner, don Ildefonso Suñol, el señor Gubern, etc. se marcharon del partido. Era fatal. El acuerdo había sido tomado. Es curioso: en un país en que tantas cosas son de broma — hasta las editoriales — este partido fue una cosa seria, importante y positiva.



Cambó al terminar los estudios de Derecho (1897).

### Creación de la Lliga

La creación de la Lliga y los movimientos del señor Cambó dieron rápidamente resultados electorales eficaces, que se manifestaron sobre todo en elecciones provinciales. Ocurrió, en efecto, que en una de estas elecciones salió diputado provincial por el distrito de Granollers-Vic el señor Prat de la Riba, que fue rápidamente presidente de la Diputación de Barcelona, iniciando una obra básica importantísima. Prat no tuvo ni temperamento, ni afición, ni gusto por la cosa electoral. Fue un gran administrador, un político de despacho y tuvo una gran imaginación, positiva y fértil. Pero lo que hizo no lo hubiera podido llevar a cabo si las elecciones no le hubieran elevado al cargo que ocupó y ello no puede olvidarse en ningún sentido.

Durante todo este período de preparación resolutiva, pongamos en el momento de llegar a los treinta años, que fue quizás el período álgido de su vitalidad pública, Cambó leyó mucha prensa extranjera y publicó algunos artículos de política internacional en las pequeñas revistas — si mal no recuerdo, publicadas sobre todo por el grupo de Vic y en el periódico que fue órgano del partido y que Prat dirigía —. Leyó también muchos libros, estos libros de

política y de economía generalmente fugaces, pero cuyo conocimiento es indispensable para seguir la marcha del tiempo. Recordamos estas cosas para dar a entender que su dedicación a la política se manifestó desde el primer momento de manera total. Apareció en este país — cosa rara y sorprendente — el político profesional completo, dedicado además a utilizar un léxico y una fraseología distintas y a realizar una labor completamente opuesta a la que fue tradicional en este espacio durante siglos — excepto en casos esporádicos, lamentables y fugaces como el de la primera República, concretamente.

### La Solidaridad Catalana y la Mancomunidad

La creación de un partido, los primeros excelentes resultados electorales la aparición de una vasta aunque modesta prensa, la movilidad de Cambó, en definitiva, crearon un movimiento ascendente, que se manifestó de mane-

ra espectacular en la Solidaridad que agrupó a todos los matices y partidos políticos de este espacio, con una unanimidad nunca vista. Era el resultado normal de la promoción realizada — de los viajes en tartana, para decirlo vulgarmente —. Cambó sostuvo siempre que los problemas particularistas han de ser obra, no de un sólo partido, por importante que sea, sino de la totalidad de todos los matices y de todas las comarcas, sobre todo en un país en que el interés general ha sido sustituido por patriotismos locales y de campanario de infima categoría. El fabuloso éxito que Cambó tuvo en la Solidaridad ocasionó lo inevitable: la proliferación de sus enemigos. Siempre tuvo enemigos incluso entre personas muy cercanas a él y a las que abrió todas las posibilidades posibles. Ahora aumentaron en términos inauditos, porque la Solidaridad no fue solamente un movimiento popular extraordinario: creó además una clase política como nunca había existido en este país, la fácil aparición de unos señores de desmesurada ambición que volvieron a implantar lo que la Solidaridad pretendía definitivamente destruir. Después de su triunfo, el movimiento se dislocó rápidamente, de manera que cuando el señor Maura presentó un proyecto de administración local (1907, si no re-

### Bajo el signo de "¡Muera Cambó!"

Han pasado muchos años desde aquella fecha, pero lo que hizo la Mancomunidad, a pesar de los enormes avatares sucedidos, se mantiene en pie. Es lo único real que poseemos: es la Biblioteca Central, es el Museo, es el Instituto de Estudios, es la normalización de la lengua, las bibliotecas populares, las escuelas, tantas y tantas cosas que cada día están llenas de vida. Sin embargo, la destrucción de la Mancomunidad produjo una impresión innarrable en este país. Al menos yo así lo creo. Cuando se produjo una situación que en cualquier otro país civilizado hubiera obligado a concentrarse estrechamente, se produjo la dispersión más incoherente, improvisada y grotesca. Ello me dio a entender otra vez que en este país lo más difícil de mantener es una posición inteligente. La primera escisión de la Lliga se había producido años atrás, cuando los contraoponentes Carner, Suñol, etc. habían creado un partido llamado nacionalista, republicano, etc., que terminó en la inopia más completa. Ahora se produjo la segunda escisión, que fue la de la Acció Catalana, creada por un grupo de aficionados a la política literario-musical integrado por Rovira i Virgili, J. Carner, Bofill i Matas, etc. Fue una cosa de mucho ruido y pocas nueces. Cambó contempló la escisión disgustado, pero impávido. Creyendo que su presencia era contraria a la marcha normal política del país, se retiró de toda actividad durante un largo período de tiempo. Convencido de que la terminación de la dictadura del marqués de Estella sería la entrada en la anarquía, aplicó su espalda al mantenimiento de lo posible. La segunda República tuvo un éxito electoral indescriptible. La segunda República triunfó al grito — en Barcelona y en Madrid — de ¡muera Cambó!, como es naturalísimo. Fue un régimen que vivió muy directamente y que cada día me parece más curioso cuando pienso en él: un régimen que empezó con el ¡muera Cambó! y acabó con la guerra civil. Suponiendo que ello sea una casualidad, no deja de ser extraño. Pero todo esto está ya en la memoria de la gente — es la historia inmediata —. Sería redundante recordarlo.

# EL CAMBO QUE HE CONOCIDO

## Narciso de Carreras

El día 30 de abril de 1947, en Buenos Aires, dejaba de existir don Francisco Cambó. Moría lejos de la patria, precisamente cuando estaba ultimando los preparativos para su anhelado regreso. Cifrabamos toda su ilusión en volver a Barcelona. Le habíamos alquilado un piso en la Diagonal y, por encargo suyo y de acuerdo con sus deseos, lo estábamos amueblando, confortablemente pero con sencillez. Tenía ya en su poder los billetes del avión, y todos los días nos llegaban, rebosantes de euforia, telegramas y cartas esbozando proyectos y conteniendo instrucciones, encargos y sugerencias. Cuando más ilusionados estábamos con su regreso, me llegó una carta comunicando su enfermedad, después telegramas que confirmaban la gravedad de su dolencia y, finalmente, una orden urgente para que me trasladara a Buenos Aires como albacea testamentario, dada la inminencia de su muerte. Llegué a la Argentina el mismo día del entierro. Todo se había ya consumado.

Hoy, a los veinticinco años de su desaparición, quiero evocar la figura señera y entrañable de don Francisco, tal como pervive, nitida e imborrable, en mi recuerdo.

## Mi primer contacto

Le conocí en mis años mozos, siendo yo estudiante de Derecho. Se interesaba siempre por las cuestiones universitarias y por las actividades de la Federación Catalana de Estudiantes Católicos, de la que yo era dirigente. Recuerdo la emoción que experimenté en la primera visita que le hicimos, en nuestra común condición de estudiantes, Luis López Olivella —vílmente asesinado más tarde—, Alfredo Pérez Iborra y yo. Nunca he olvidado la profundísima impresión que recibimos. Los consejos, las advertencias, las directrices a seguir. Su equilibrio en los juicios. Su fuerza de convicción. Su dominio.

Poco después Juan Estelrich me llamó para que fuera a verle a su despacho. Con la consiguiente sorpresa por mi parte, me dijo Estelrich que quien quería hablar conmigo no era él, sino el propio Cambó. Le encontré en su lecho de enfermo. Se iniciaba en él una grave enfermedad. Me dijo que José M.ª Trias de Bes le había hablado de mí como de un inquieto estudiante universitario. Y añadió: «No puedo hablar. Quiero sólo escucharle. Dígame quién es usted. Quién es su familia. Qué ideales tiene. Qué piensa hacer. Hable. Yo le escucho». Hablé durante más de una hora. Al despedirme, sin decir palabra, me alargó la mano, cordialmente.

Más tarde, yo entraba a trabajar en su casa de la Vía Layetana.

## El despacho de Cambó

¡Su despacho de la Vía Layetana, 301! ¡Qué actividad se respiraba en aquella casa con la presencia de nuestro don Francisco! ¡Y qué sensación de vacío durante sus viajes frecuentes y, algunas veces, de larga duración! Quedaban en ella Jesús Cambó, Joaquín M.ª de Nadal, Javier Ribó, Mestre, Casals, Javier Calderó, secretarías, mecanó-

grafas y empleados. Yo era el más joven. Todo se ponía en ebullición cuando el «amo» entraba en casa. Todo el mundo vivía pendiente del timbre, y cuando éramos llamados a su despacho, invocábamos la ayuda de todos los santos del cielo. Y es que era tanta la devoción y la admiración que nos inspiraba, y tan sincero y profundo el afecto que le profesábamos, que teníamos siempre no estar a la altura que su alto magisterio podía exigirnos. En cuanto a él, siempre se mostraba atento, cariñoso y cordial con nosotros... mientras, naturalmente, cumpliéramos con nuestro deber.

Porque Cambó era eso. En primer lugar, un trabajador infatigable, que nos exigía mucho y que no perdía un solo momento de sus horas dedicadas al trabajo. Después, un hombre de una intuición y de una percepción tan perfectas, que nos adivinaba el pensamiento antes de que lo formuláramos. Y era de una comprensión tan rápida, que le bastaba echar una brevisísima ojeada a un escrito para percatarse exacta y plenamente de su contenido.

Podría contar muchas anécdotas de aquellos tiempos, pero me haría interminable. Recuerdo que un día convocó a un industrial barcelonés, en período electoral. En el antedespacho, mientras esperaba ser recibido, nos decía, muy convencido él: «Ya supongo para qué me llama: en las últimas elecciones me tocó pagar cincuenta mil pesetas. Pero en éstas no estoy dispuesto a dar ni un céntimo». Nosotros, oyéndole, sonreíamos interiormente, confiados y divertidos. Salí antes de los tres minutos. Nos miró con aire de hombre vencido, pero satisfecho, y nos dijo: «En efecto, esta vez son cien mil».

En cierta ocasión, siendo yo secretario del Real Canal de la Infanta Doña Luisa Carlota de Borbón, me dijo su presidente, don Carlos Crexells, que le gustaría consultar a Cambó el problema de la salinidad de las aguas del río Llobregat, que amenazaba con crear un problema gravísimo en el riego de aquellas fertilísimas tierras, tan cercanas a Barcelona. La causa del aumento de la salinidad era —y es— el desagüe de las residuales procedentes de las fábricas de la cuenca minera del río. Llamé por teléfono a don Francisco, y nos citó en seguida. Ignoraba en absoluto a qué íbamos. Crexells expuso el peligro que corrían las tierras que nuestro canal regaba. Y Cambó, como si acabase de estudiar a fondo el problema, nos tuvo suspensos a Crexells y a mí durante más de una hora. Con aquella concisión de palabras en él habitual, nos habló con abundancia de pormenores, propios de un especialista, de los casos análogos producidos en distintos lugares del extranjero, y de las soluciones que en cada uno se habían adoptado. Señaló, con no menos precisión, las que cabían en nuestro caso, distinguiendo entre las de carácter urgente y las que podrían considerarse como definitivas. Finalmente, nos orientó sobre cómo enfocar las gestiones cerca del Gobierno.

Crexells y yo salimos impresionadísimo. Después de aquella entrevista, nos explicamos perfectamente el dominio absoluto que en sus épocas de ministro había ejercido sobre sus colaboradores, para los que, de otra parte, tuvo siempre la máxima consideración. Entendimos por qué los ingenieros le escuchaban y le acataban, incluso en los aspectos de carácter específicamente técnico. Y es que su capacidad de asimilación y su don para encontrar el punto central y decisivo de cada cuestión, de cada problema, eran literalmente fabulosos. Las realidades más complejas adquirían en sus

manos una inteligibilidad que facilitaba de inmediato y en alto grado toda acción resolutoria.

## Era un gran sentimental

Cambó, contra lo que todo el mundo suponía, era un gran sentimental. En momentos de intimidad solía decir: «Vea cuán distinto soy de lo que muchos creen». Y añadía: «Es que no hay ninguna verdad que pueda batirse con éxito con una leyenda. En política, casi siempre la leyenda triunfa».

A la caída del Gobierno de Primo de Rivera, elementos conservadores procedentes de toda España recurrieron a su inmenso prestigio, ofreciéndole la dirección de las fuerzas del orden. Fue famosa la reunión celebrada en el Palacio de Liria. Pero Cambó no entró en el Gobierno y se retiró de la política activa. Nadie comprendió, por el momento, su actitud. Y es que nadie sabía que aquellos mismos días los médicos le habían diagnosticado una enfermedad gravísima hasta el punto de poner en peligro su existencia. Y, podemos afirmarlo: le dolió más por el servicio que no podía prestar al país que por lo que significaba para él la enfermedad.

Se marchó a Londres, embargado por una profunda tristeza: «Nadie sabe —me decía más tarde— lo que padece en aquellos momentos. Toda la ilusión política de mi vida se derrumbaba. Me sentía con una fuerza interior enorme para ponerla al servicio de España entera. Pero veía cómo iba a debilitarse o iba a perder uno de los órganos más vitales para un gobernante: la palabra».

## Su obra de gobierno

El fue siempre esto: un hombre en pie de servicio. Le llama el rey en la gran crisis de 1918, y acude sin titubear. De lo que entonces hizo, mucho se ha escrito. Inauguró, realmente, un nuevo estilo, y Maura, que presidía aquel Gobierno, reconoció y elogió siempre la actuación poderosa, abnegadísima, de Cambó. Sólo cabe, en la inexcusable brevedad de un artículo periodístico, exponer en esquemático resumen su amplia y fecunda obra de gobierno.

Entre sus leyes que más rápidamente pasaron a realidad, precisa recordar la Ley de Desecación de Marismas, destinada a poner en valor grandes extensiones de territorio, hasta entonces improductivas e insalubres; la Ley de Defensa de Bosques, eficaz salvaguardia de nuestra riqueza forestal; la de Sales Potásicas, gracias a la cual el Estado español pasó a ser un factor decisivo en la problemática mundial de las potasas; la Ley de Caminos Vecinales, que se tradujo inmediatamente en unos resultados magníficos; la Ley de Carreteras Carboneras, con la que en pocos meses se repararon las carreteras de algunas cuencas de nueva explotación, destrozadas por la intensidad del tráfico rodado, lo que provocaba un progresivo paro en los trabajos de extracción de mineral; la Ley de Electrificación de la rampa de Pajares, con la que, fijando una pauta para futuras realizaciones, solucionó de modo perfecto el problema de poner en comunicación con el centro de España las primeras de nuestras cuencas carboníferas. Recuérdense, finalmente, las leyes especiales para la construcción de los ferrocarriles de Villablino a Ponferrada, de Baracaldo a Sestao, etcétera. Para la construcción del ferrocarril de Villablino a Ponferrada, de más de 61 km., se calculaba que serían precisos de seis a ocho

años; gracias a la energía de Cambó, se realizó en trescientos veinticinco días.

Tal fue el tono y el ritmo que imprimió a su actuación ministerial, uniéndolo, a un intensísimo trabajo de estudio y de despacho, una labor parlamentaria constante, tanto en el Congreso como en el Senado.

De su paso por el Ministerio de Fomento quedan, además, dos grandes obras: un libro en el que expone sus planes y gestión —Ocho meses en el Ministerio de Fomento— y la gran obra en seis volúmenes que mandó compilar y dirigió: *Elementos para el estudio del problema ferroviario de España*. Ambas se han convertido ya en textos clásicos para políticos y estadistas.

No menos brillante fue su actividad en aquel otro Ministerio formado también por Maura, cuando la tremenda crisis ocasionada en 1921 por los hechos de Annual. Ved un resumen de su actuación:

Restableció la quebrantada disciplina del personal, disolviendo las Juntas de Defensa de Hacienda. Benefició al erario público con la tenaz persecución del contrabando. Resolvió el difícil problema de la situación de la Tesorería con un empréstito que, gracias a su prestigio, se cubrió con gran éxito. Después de reñidas batallas en el Congreso y en el Senado, consiguió promulgar su Ley de Ordenación Bancaria, uno de sus mayores logros de gobernante. Confeccionó, finalmente, los nuevos aranceles, con los que, armonizando contrapuestos intereses, obtuvo grandes ventajas para nuestra economía.

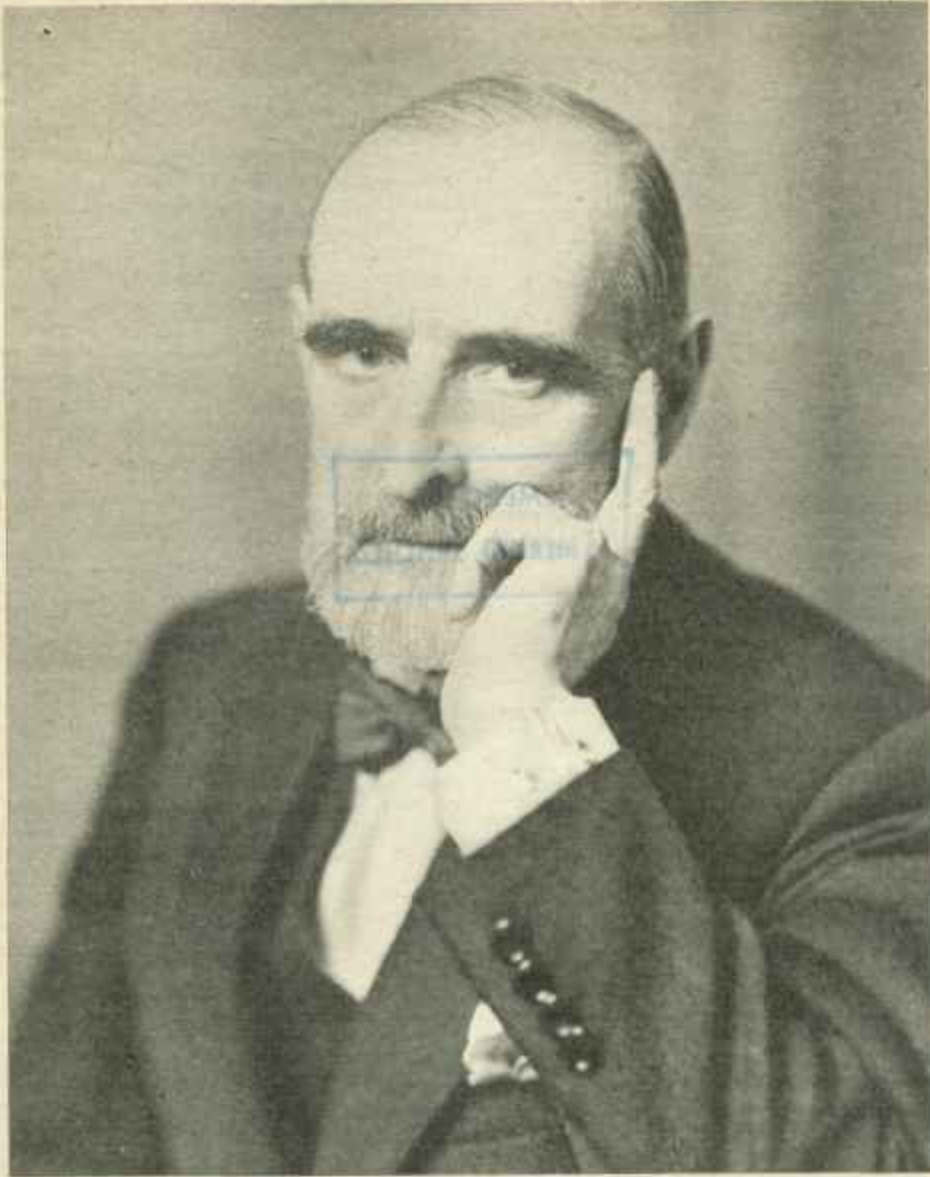
## El político

Pero volvamos al Cambó que yo conocí, aunque a menudo incida en mis recuerdos su obra de gobernante, porque frecuentemente se complacía en referirla. Evocaba el pasado con emoción y nunca preveía con desánimo el futuro, ni aun cuando la enfermedad minaba su salud de una manera alarmante, debilitando cada vez más su voz. La ciencia pudo vencer el mal, y entonces Cambó vuelve a la vida política con un renovado y fabuloso empuje. Los acontecimientos le obligan cada vez a más. Lucha titánicamente contra lo que cree inevitable. La avalancha demagógica, como un monstruo que quiere devorarlo todo, se vuelve cada vez más peligrosa. Cambó multiplica sus esfuerzos. Está en todo. Vigila la propaganda. Cuida de ordenar las campañas políticas. Revisa el periódico. Establece contactos nuevos. Preside reuniones.

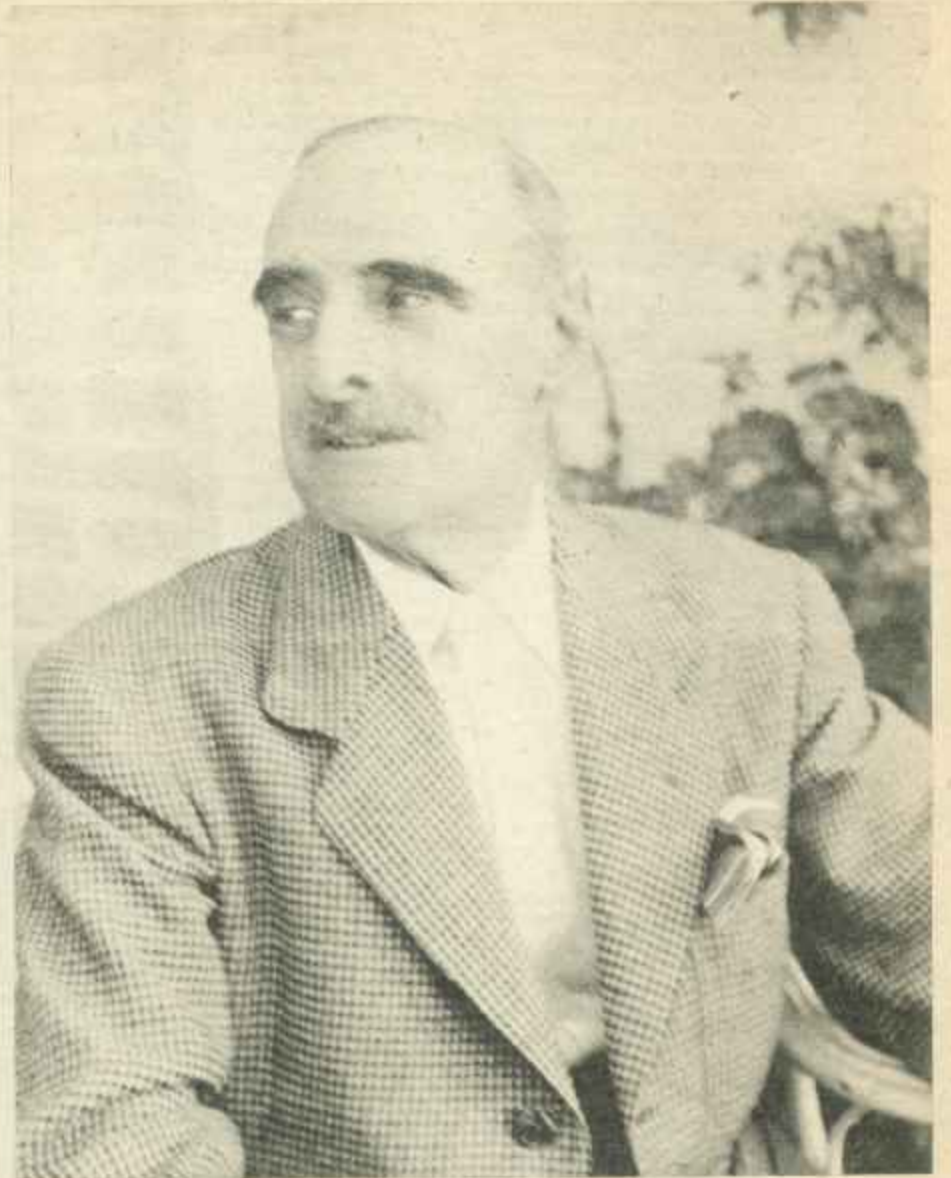
En 1933, el triunfo de las candidaturas de Orden en toda España, pero especialmente en Barcelona, le proporcionó una alegría inmensa, mezclada, sin embargo, con el temor de verse defraudado por la forma en que la victoria se administraría.

Yo recuerdo sus preocupaciones constantes por los errores que se cometieron después del hundimiento izquierdista de 1933. Derechas y moderados en el poder no llegaron a cuajar un verdadero Gobierno de homogeneidad ideológica, se produjeron decepciones prematuras y dominó la desconfianza en conseguir la puesta en marcha de una obra firme y duradera. Cambó escribía, aconsejaba, rogaba. Sus momentos de esperanza eran fugaces, y su desesperación al no verse escuchado se manifestaba a veces de manera estentórea.

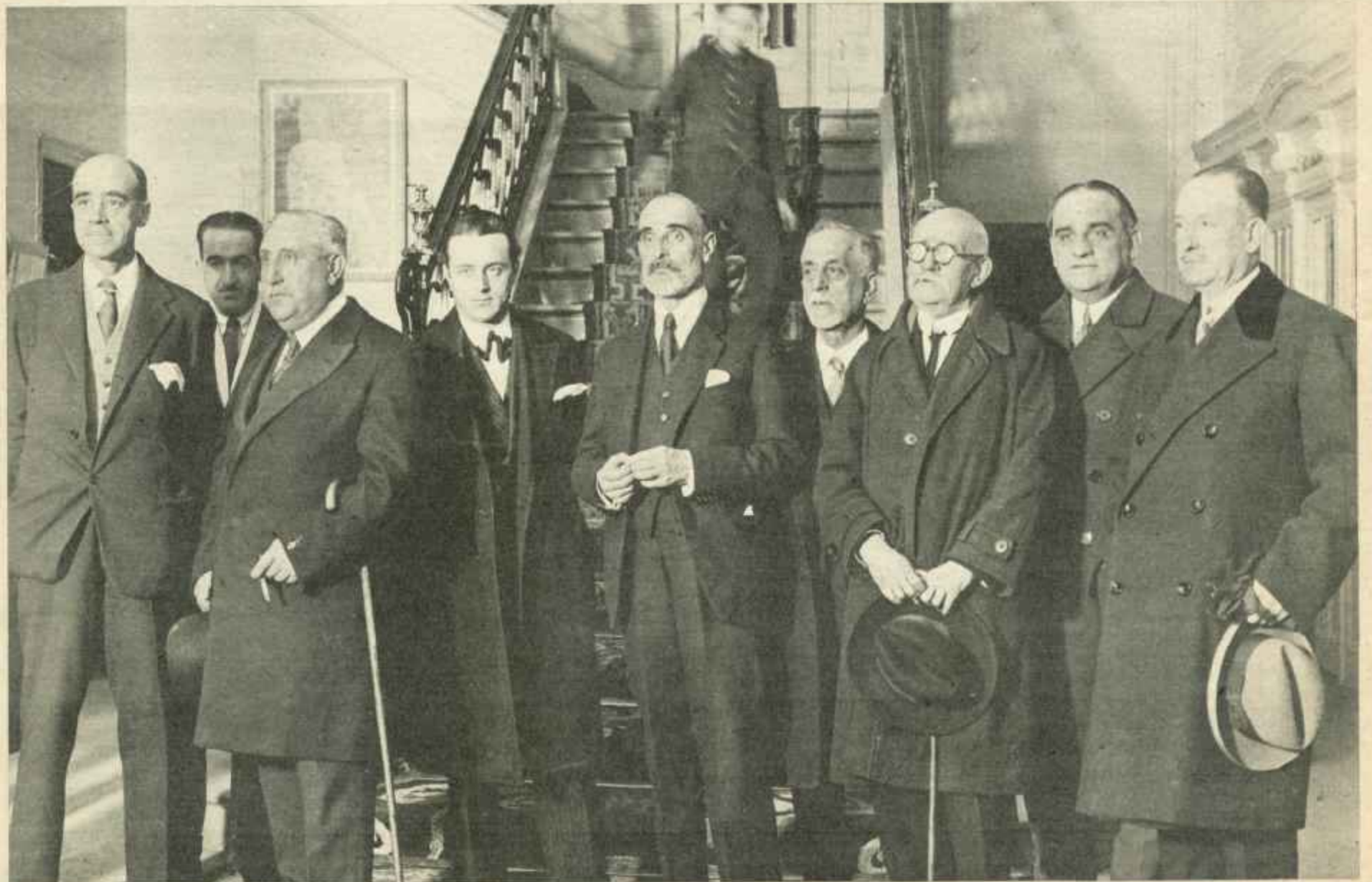
Después de los lamentables hechos del 6 de octubre, no se cansaba de repetir: «La represión debe ser ponderada y rápida. No cometamos el error



Lausanne en 1939.



Ultima fotografia de don Francisco Cambó. Febrero de 1947.



1930. Cambó al dar cuenta a la prensa de la constitución del Partido de Centro, que él presidía. En la foto se distingue al duque de Maura, Silió, Goicoechea, Pimés.

de una represión lenta. Cada día que se prolongue más de lo debido, significará miles de votos a favor de las izquierdas en las próximas elecciones». Otras veces decía: «Un pueblo no es un gran pueblo hasta que posee una capacidad inmensa de perdón y de reconciliación».

Recuerdo que en aquel entonces se reunía con Javier Ribó y conmigo, los más jóvenes de su despacho, los domingos por la mañana, y nos íbamos a pasear por la montaña de Montjuich, que consideraba un poco como suya, puesto que sus jardines se habían proyectado bajo sus orientaciones, y había sido él quien decidió establecer allí la Exposición Internacional, no sin vencer grandes oposiciones. Y nos hablaba extensamente de la vida y de sus ideales, a la vez que nos aconsejaba carifiosamente. Después, Ribó y yo resumíamos el contenido de nuestras conversaciones y se lo mostrábamos, a fin de que nos confirmara si habíamos interpretado fielmente su pensamiento.

Cuando los periódicos adversarios le atacaban, nos decía: «Siempre que me he encontrado frente al dilema de sacrificar mi popularidad o traicionar mi conciencia, no he dudado nunca un solo momento: he sacrificado mi popularidad».

Tanto como le incomodaba el halago personal, despreciaba el fácil y habilidoso recurso de adular a las multitudes para atraérselas. Decía: «Los directores de un movimiento político no se han de dejar llevar por las masas, sino que han de asumir solos la responsabilidad de la dirección. Pueden ser arrinconados por la masa, pero no se han de someter nunca a sus exigencias».

En otra ocasión nos advertía:

«No hagamos ninguna promesa que no podamos cumplir. Trazar un programa amplísimo es muy sencillo. Lo difícil es darle forma concreta y realizarlo».

Cambó era un enamorado de la política de unidad. Como político eminentemente constructivo, creía que gobernar es crear, y se lamentaba ante la inevitable división de los partidos en derechas e izquierdas. Y nos recordaba lo que él había dicho en el Congreso de Diputados el año 1918: «La lucha entre derechas e izquierdas tiene toda la morbosidad de las cosas imprecisas, de las cosas vagas, de las cosas inconcretas, en las cuales cada uno quiere llenar el vaso de contenido ideológico, del que carece, situando en él todas sus prevenciones, todos sus rencores y todas sus ilusiones. Y una lucha entre derechas e izquierdas sostenida dentro del Parlamento es la esterilidad del Parlamento, y una lucha de derechas e izquierdas llevada a la opinión y sostenida en la calle es la guerra civil y nada más que la guerra civil».

Cambó tuvo, hasta la hora de su muerte, una gran pasión política, una inmensa pasión política. Pero, consciente del momento en que vivía, se inspiraba siempre por lo que, a su juicio, constituía el mejor servicio a la patria. En una carta desde Buenos Aires de 6 de febrero de 1946, me decía: «No esperen encontrar en mí un líder político. Yo sé el esfuerzo que se necesita para ello y, por desgracia, sé que no puedo hacerlo. Tener un cargo que no se puede ejercer con toda la fuerza es una acción perturbadora. Yo deseo ser siempre un colaborador, no un perturbador».

Cada día se sentía más unido a una idea política basada en los sentimientos de fe y de patria, que fueron siempre fundamentales en toda su actuación, contra lo que intentó sostener una falsa leyenda.

En una carta me recordaba unas palabras suyas de una conferencia que pronunció en el Teatro del Centro de Madrid, el 10 de abril de 1920: «Suprimid a la organización política más perfecta, el elemento espiritualista, y ella misma se desgasta, se destruye, se corroe inmediatamente. Los valores espirituales no tenemos que inventar-

los: los dos valores que han regido y han salvado a la humanidad y que han inspirado nuestra civilización, que está en crisis, son un ideal religioso para la vida futura y un ideal patriótico para la vida actual».

## Recuerdos y anécdotas de la Argentina

El año 1946 me llamó para que fuera a visitarle a la Argentina. De aquel viaje guardo en mi cuaderno de memorias unas notas que voy a transcribir para terminar este artículo.

«He encontrado a don Francesc maravillosamente bien. Algunos dicen que ha envejecido. A mí no me lo parece. No hay que olvidar que ha cumplido ya 70 años y que siempre ha estado delicado. Se cuida mucho, toma muchos potingues, es el hombre de la preocupación por las corrientes de aire. Pero lo encuentro como siempre. Este año todos han tenido la gripe menos él. Anda tieso y con paso rápido. Se ha quitado la barba. Tiene el gesto camboniano que todo el mundo conoce. Impresiona su presencia. Habla despacio, midiendo las palabras, pero con energía y concisión. Tiene la mirada penetrante como en sus mejores épocas. Su cultura es extensa y completa. Cuando él habla, todo el mundo calla y escucha atento. Un día, en un gran hotel de Alta Gracia, provincia de Córdoba, a 800 kilómetros de Buenos Aires, después de almorzar se formó un corro de huéspedes, todos amigos, a la hora de tomar café. La mayoría de ellos eran ex políticos contrarios al régimen imperante en la Argentina. Le hurgaron para que hablara y Cambó elevó la conversación de tal forma que el silencio en aquel salón se hizo impresionante. Sus palabras caían como si fuesen sentencias eternas que salieran de un ser sobrenatural. Todos estaban impresionados. Parecía que con un látigo iba fustigando a las clases conservadoras del país por su inconsciencia. «Habéis abandonado a Perón —decía— y Perón ha prescindido de vosotros y no ha tenido otro remedio que lanzarse en brazos de los que le han querido ayudar. No habéis sabido prever lo que pasaría, y ser político no es ser espectador de los acontecimientos, sino anticiparse a ellos y regirlos. Vosotros no habéis querido rectificar en nada. Yo siempre he proclamado mi perfectísimo derecho a seguir rectificando, porque soy un ser racional que piensa y, al pensar, revisa sus propias obras. Política es intervención, es fe. Sólo el hombre que tiene fe puede ser político. Y a través de la política debemos buscar el engrandecimiento de la patria, su bienestar, su riqueza. Yo, que soy español y regionalista catalán, les digo siempre a mis amigos: «¿De qué os serviría alcanzar con vuestro esfuerzo la libertad si la pobreza os privara de serviros de ella? Sobre un pueblo decadente y pobre no se asientan ideales elevados. Y la política, si no se siente como consecuencia de un ideal noble, es el más repugnante de los vocablos».

«Aquella gente escuchaba a Cambó seducida e impresionada. «¿Por qué no pensáis en vuestra patria en lugar de pensar en vuestro partido?»

«La tertulia terminó y Cambó se retiró a descansar. Los comentarios, unánimemente, eran encomiásticos. Yo me quedé triste, muy triste. Mi patria tampoco supo aprovechar a aquel hombre.»

De aquel viaje tengo anotadas muchas conversaciones. Un día, en una tertulia en casa del maestro Falla, de quien Cambó se había hecho un gran amigo, hablamos de política. Cambó decía, refiriéndose a Cataluña y al País Vasco: «El separatismo en los pueblos es como el suicidio en los individuos: es un acto de desesperación, casi de irresponsabilidad. Se es separatista como se es suicida, en un momento de pesimismo, de debilidad, de agotamiento. El separatismo es resolución de débiles y de cobardes».

## Su regreso a la patria

Cambó vivió en la Argentina con la ilusión de regresar a la patria, encontrarla renacida y morir en ella. Dios no lo quiso. Murió la víspera de la fecha que tenía señalada para partir hacia España. Sus restos descansan en América, aunque esperamos verlos enterrados aquí, en Cataluña, bien al lado de los de su padre o de su madre, tal como dejó ordenado en sus últimas disposiciones testamentarias. Quienes fuimos testigos directos tanto de su grandeza como de su patriotismo a prueba de incomprensio-

nes e ingratitudes esperamos también que nuestro pueblo, que ha sabido siempre honrar la memoria de sus hijos más preclaros, sabrá también perpetuar en forma tangible el recuerdo agradecido de quien fue uno de los políticos más eminentes de toda su historia, mecenas generoso, ciudadano enamorado de la tierra que le vio nacer y patrio siempre solícito en la conservación y acrecimiento del patrimonio cultural que nuestros mayores nos legaron.

NARCISO DE CARRERAS

HEMEROTECA  
F. MERINO SANCHEZ

# DE LO VIVIDO

## Jesús Pabón

Estoy en mi casa del Viso; muy cansado; vivo las últimas horas de una jornada abarrotada y trabajosa. Me llama, por teléfono, desde Barcelona, Salvador Millet y Bel. Millet habla con el suavísimo tono que emplea para imponer su voluntad.

—¿Recibió la carta de Vergés sobre el número que dedicarán a Cambó? ¿Por qué no escribe aquella anécdota parlamentaria del «siga, siga» que tan-

to gustaba a Solervicens? Será una cosa breve, pero vivida. No se preocupe. No me llame. Le llamaré yo.

Recibí, efectivamente, la carta de Vergés. Vergés confía en que le complazca, como hice siempre: Vergés me anuncia unas letras de Narciso de Carreras. Son demasiados nombres amigos —la sombra queridísima de Solervicens también— para oponerles mi incapacidad respecto a cualquier quehacer extraordinario.

Me atenderé a la sugerencia de Millet: algo corto, pero vivido. No sé si acertaré a contar la anécdota para quienes no conocieron la vida parlamentaria liberal; los conocedores de esa vida lo entenderán, por muy torpe que sea la narración.

La anécdota es personal, lejana, sin importancia; salvo para mí, que la recuerdo siempre.

Cambó con los periodistas, después de evacuar consulta en la crisis de 25 de abril de 1934.



Lo escribí en ocasión anterior, confirmando observaciones ajenas.

En las Cortes de la Segunda República —al menos en las que yo viví, elegidas a finales de 1933— ya no era posible la oratoria grande, aquella que tenía en sí una finalidad, como creación literaria: la de Donoso Cortés, Castelar y Vázquez de Mella, según la clasificación de Alcalá Zamora, último parlamentario que la empleó con éxito. Yo no oí nunca a don Niceto en las Cortes de la República. La imposibilidad de la oratoria grande se comprobaba ahora en el anacronismo de otra elocuencia auténtica: la de don Melquiades Alvarez.

Era no sólo posible, sino necesaria, aquella oratoria que Marichal ha llamado «de cabecera de banco azul»; suponía una formación cultural; era caudalosa, esto es, abundante de ideación y fluida de palabras; mantenía el tono superior y dominante del que se cree autorizado a gobernar; así habían hablado Cánovas del Castillo, Canalejas y Azaña. La suerte de las Cortes de 1933 estuvo determinada, en buena parte, por el anacronismo de Lerroux gobernante, que no podía continuar la serie.

Salvo en la cabecera del banco azul, era preciso «hablar en plata»; es decir, con una oratoria destinada a exponer, a convencer, a mover; debía ser clara y eficaz; se basaba en el dominio del tema, en la agudeza del argumento, en un orden que servía a la intención. Hablaron así, en las Cortes de la Monarquía, don Santiago Alba y don Francisco Cambó. Por eso resultaron actuales, sin esfuerzo alguno, en las Cortes de la República.

El diputado joven y novel, salvo excepciones, hablaba, espontáneamente,

en plata. No había, para él, cuestión alguna en la adaptación de la palabra, ya fuese la suya buena o mala. Su problema era otro, viejo y conocido.

Para el diputado novel había un momento decisivo: el de su primera intervención. La comparecencia previa en la parte menor de «ruegos y preguntas» podía servir de entrenamiento, pero no suprimía el trance. El diputado novel tenía la conciencia de que, como parlamentario —como político quizá— se lo jugaba todo en él. En la tradición oral de la Casa no se recordaba —no se solía recordar— la enmienda de un fracaso inicial, y se transmitía la pintoresca serie de los comienzos que se convirtieron en finales. La convicción había ganado previamente al debutante y le dominaba en el peligroso paso.

De suyo, era bien difícil. Para el éxito o el fracaso jugaban muchos factores, previsibles o no. El «experto parlamentario» era aquel que ya los dominaba todos. El debutante tenía en cuenta un juego muy sencillo, entre el Gobierno, la mayoría que le apoyaba y las minorías que formaban la oposición. En su composición de lugar, y entre las muchas realidades que no tenía en cuenta, estaba el presidente de las Cortes, lógicamente moderador de la oposición y protector del Gobierno: le olvidaba tan pronto le había concedido la palabra. De donde la intervención del presidente desde su altura —llamada al orden, recuerdo de un precepto, advertencia respecto al tiempo— solía constituir una sorpresa para el orador; y la sorpresa era inmensa para el que inter-

venía por primera vez. Un diputado, paisano y correligionario mío, solía decir: «Cuando el presidente interrumpe a un debutante, éste se queda como si se le hubieran caído los pantalones». Situación en que, según creencia transmitida, se vio, en ocasión famosa, el conde de Esteban-Collantes.

Voy a lo que iba: yo también fui debutante. Muy poco dado al empleo público de la palabra oral, venía utilizándola por necesidad y frecuentemente, sin prescindir de la cuidadosa preparación que me exigía, ni superar la gran desazón del ánimo que me hacía padecer.

Todo, en la ocasión, se conjugó para hacer más penoso el caso. Yo iniciaba un debate sobre las asociaciones estudiantiles de la Universidad. Diputado de la mayoría, debía interpelar duramente al ministro del ramo, sin producir fricción alguna con el Gobierno. El ministro, andaluz, colega y amigo mío, me hizo conocer previamente su extrañeza y su pesar por la anunciada interpelación. La ocasión resultó desfavorable. Adelantada imprevistamente la hora del debate, las presencias eran distintas de las convenientes para mí. La Cámara se hallaba alterada por un incidente inmediatamente anterior, y absolutamente distraída y ajena respecto al tema que yo planteaba.

Recuerdo que fue eso lo primero que logré en un planteamiento riguroso del problema: la atención de la Cámara. A determinada altura de la intervención, interiormente serenado, entré en la relación, breve, clara y abrumadora de hechos y datos. Eran ellos el motivo del debate y el fundamento de mi intervención.

Entonces la voz del presidente de

las Cortes me interrumpió. Después —poco después— me expliqué el caso con la misma claridad con que ahora lo veo. En la medida en que la interpelación iba bien, al ministro le iba muy mal. (En las Cortes Constituyentes, don Julián Besteiro, que era la cortesía personificada, preguntó a un debutante, embarullado por la emoción: «¿Su señoría está consumiendo un turno en pro o un turno en contra?»)

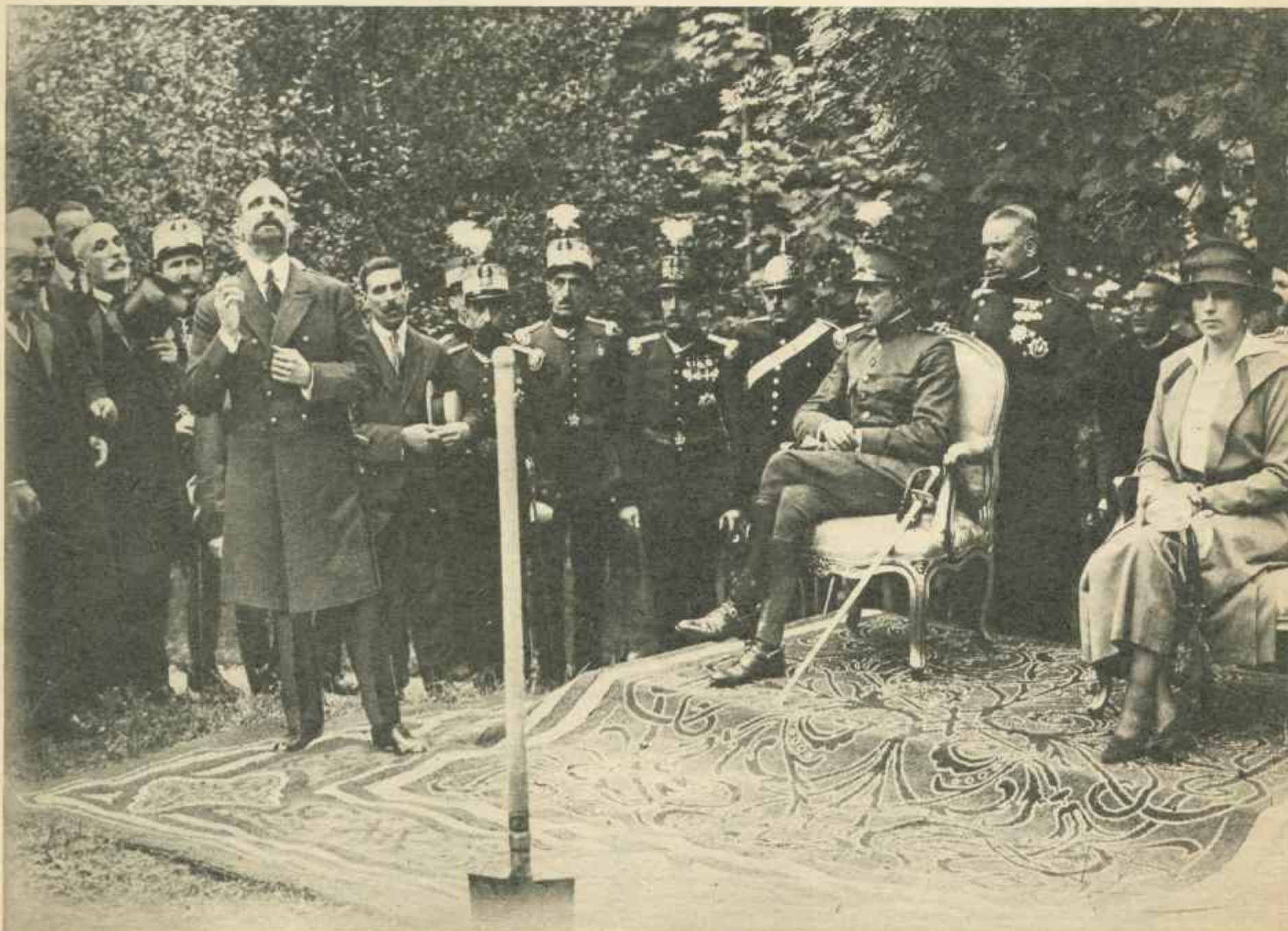
El presidente, ahora, me llamaba la atención sobre el tiempo, en relación con el ritmo de mi exposición y con el número de diputados que me seguirían en el debate; debía yo abreviar para no rebasar la medida del turno, cuya prolongación la Presidencia no podría consentir. También lo vi después, como lo veo ahora; era lo único de que podía sentirme absolutamente seguro: la medida del tiempo, practicada siempre.

Ni sé —ni supe— si la voz del presidente de las Cortes utilizó entonces aquel defectuosísimo micrófono, que unas veces turbaba su dicción clarísima y otras hacía que le oyésemos por la claraboya. Tampoco sé si la otra voz utilizó su micrófono o forzó su radical afonía.

Fue un instante que no necesita descripción porque el tópico le sirve: ese de sentirse perdido o del vuelco del corazón. La otra voz, cerca y detrás de mí, dijo: «¡Siga, siga! ¡No haga caso!». Cuando le miré, Cambó ratificó sus palabras con un gesto imperativo.

Yo seguí, y terminé. Y he seguido, y sigo aún, aquí y allá, siempre que me veo obligado a hablar, con la confianza que me proporcionaron aquellas palabras decididas e inolvidables.

1918. Discurso de Cambó ante los reyes en Covadonga (Asturias) en el acto conmemorativo de la Reconquista.



riódico en tierras no catalanas, me he decidido a darlas todas en castellano, pero indicando de forma expresa el idioma original con que fueron escritas o pronunciadas.

#### POR ENCIMA DE TODO, HOMBRE CIVILIZADO

Yo me siento catalán, hondamente catalán. Yo me siento español. Pero más que español y catalán, yo me siento hombre civilizado, con el deseo de vivir donde impere la normalidad de la vida civil, donde existan leyes y autoridades que las hagan cumplir y que defiendan el libre ejercicio de los derechos que las leyes nos reconocen. El día que llegara al convencimiento de que esto es imposible de conseguir en España, yo me sentiría más extranjero que en cualquier otro país civilizado del planeta.

(Discurso en catalán en el Centro Catalanista de Gerona. — 24-9-1916.)

#### GRANDEZA DE CATALUÑA Y DE ESPAÑA

¿Hay alguien que pueda pensar por un momento que la grandeza de Cataluña puede chocar, puede lastimar en algo el progreso y la vida y la dignidad de España? Si alguien pensara eso, cometería el mayor de los sacrilegios. Yo no he podido sospechar nunca que Cataluña y España pudieran ser cosas contrapuestas. Si un día yo pudiera pensar, ese sería el día más triste de mi vida, porque vería comprometido para siempre el porvenir de Cataluña.

(Discurso al Congreso. 8-2-1907.)

#### ESPAÑOLISTA

... Pero he de decir al señor conde de Romanones que cuando yo pasé estas puertas y juré mi cargo, prometí considerarme en todos los momentos como un diputado español y legislar para toda España.

(Discurso al Congreso. 24-2-1904.)

#### CONTRA EL MONOPOLIO DEL PATRIOTISMO

Nosotros no consentiremos jamás, no acataremos jamás que se estanque el patriotismo, que se establezca el monopolio, que se crea como una secta, como una religión, y todos los intentos de querer acaparar el patriotismo español producirán en nuestro espíritu profunda repugnancia y una íntima protesta.

(Discurso al Congreso. 1-7-1916.)

#### CATALANISTA

Yo me pregunto como catalanista, porque catalanista soy desde el día que empecé a tener uso de razón. Soy catalanista y autonomista y no soy separatista.

(Discurso en catalán, en San Feliu de Guíxols. 17-4-1910.)

#### LA MAYOR GRANDEZA DE ESPAÑA

Creo yo, señores diputados, que todo el problema está en saber si la realidad catalana es compatible, no ya con la realidad española, sino con la mayor grandeza de España. Y yo os digo que no solamente es compatible, sino que es consustancial; que yo no comprendo la grandeza de España sin la acentuación de una realidad catalana que aporte al pensamiento general español el esfuerzo de nuestra individualidad.

(Discurso al Congreso. 30-11-1934.)

#### CONTRA EL CENTRALISMO

Así como al centralizar, el Estado se fue apartando de España, a medida que se vaya descentralizando, que se vaya vigorizando la vida local española, el Estado se irá aproximando a España.

(«El Pensamiento Español». 1917.)



Dibujo de Bagaría.

#### REGIONALISMO

... Decid a las demás regiones que no les tenemos odio, que nuestro odio va dirigido a todo lo que nos separa de ellas. Decidles que queremos una España dentro de la cual los castellanos sean muy castellanos, los andaluces muy andaluces, los catalanes muy catalanes...

(Discurso en catalán, en Barcelona. 20-10-1906.)

Cuanto más fuertes sean las regiones, más fuerte será España.

(Discurso en catalán, en Figueras. 1-3-1914.)

#### ANTISEPARATISTA

... he rechazado constantemente el separatismo, y no por considerarlo delito, sino por estimarlo un absurdo.

(Discurso al Congreso, 16-3-1922.)

#### REGIONALISMO CONTRA SEPARATISMO

El separatismo en los pueblos es como el suicidio en los individuos: es un acto de desesperación, casi de irresponsabilidad. Se puede ser separatista, como se puede ser suicida, en un momento de pesimismo, de debilidad, de agotamiento. Pero, ¿cómo puede conducir al separatismo un movimiento que es todo lo contrario, que es todo fe, que es todo optimismo, que es todo esperanza?

(Discurso al Congreso. 8-11-1907.)

#### EL CATALAN EN LA ESCUELA

No se le quite al niño la lengua que le es propia, porque ello es quitarle el carácter.

(Discurso en catalán, en Barcelona. 28-9-1913.)

#### DEFENSA DEL IDIOMA

Un pueblo que no se exprese en su idioma es un pueblo que se va muriendo por dentro.

(Conferencia en Donostia. 15-4-17.)

#### DIVERSIDAD DE IDIOMAS

El día que todos los pueblos, menos uno, sacrificaran su lengua materna y no se hablara, en todo el mundo, más que un solo idioma, yo no niego que acaso se conseguirían algunas ventajas de orden material; que el viajar y el comerciar sería más fácil y más cómodo. Pero el día que se produjera esta catástrofe, la vida espiritual de la humanidad experimentaría un retroceso inmenso.

(«La valoración de la pesseta», en catalán. 1929.)

#### EL CATALAN Y EL PORTUGUES

Yo me atrevería a pedir aún más... y es que se regulara la enseñanza oficial española de forma que ningún español ilustrado ignorase el idioma catalán y el idioma portugués.

(Discurso al Congreso. 8-6-1916.)

#### SIEMPRE REALISTA

Yo, por principio, no soy ni centralista, ni autonomista, ni imperialista; yo soy siempre realista.

(Intervención en el Congreso. 27 de octubre de 1907.)

#### SIEMPRE DISPUESTO A RECTIFICAR

... si en cuanto a doctrina no he tenido que rectificar nada (si algo tuviera que rectificar lo haría yo claramente), en cuanto a procedimientos he confesado ya muchas rectificaciones. Porque, señores diputados, yo no tengo a desdoro rectificar; lo hago con grandísima honra. Los hombres políticos tenemos el deber de amoldar en todos los momentos nuestros actos y nuestras palabras a nuestras convicciones. Pero al formar una convicción y al exponerla no renunciamos a la facultad de pensar en lo sucesivo, y pensar quiere

# CAMBO, O EL ESPIRITU QUE PERSISTE

## Ensayo de miniantología

Salvador Millet i Bel

**N**o se pretende, en el presente ensayo, resumir lo que pensaba Cambó sobre cada uno de los problemas políticos, económicos o sociales de la época que le tocó vivir. La tarea no sólo sería ardua, sino también poco eficaz —quiero decir poco aleccionadora— no sólo por la sencilla razón de que problemas iguales o parecidos tienen hoy planteamientos muy distintos, sino también por la razón —que considero fundamental— de que Cambó, siempre atento al momento y a la circunstancia, les daría, asimismo, soluciones distintas. No se trata, pues, de ofrecer al lector las soluciones que Cambó proponería a los grandes problemas que hoy nos preocupan, sino, simplemente, de descubrirle el espíritu con que Cambó los enfocaría. Si, de acuerdo con Sciacca, admitimos que «espíritu» significa, ante todo, anhelo y trascendencia, deseo subrayar que lo único que he pretendido aquí es hacer ver cuál es el gran anhelo que movió la actividad de Cambó a lo largo de su vida, cual es la «espiritualidad específica» que trasciende por encima de su incansable y diverso quehacer.

Habiendo escrito Cambó indistintamente en catalán y en castellano, he dudado sobre la conveniencia de efectuar las citas en cada uno de los idiomas originales. Sin embargo, en aras a la difusión que tiene el presente pe-

decir revisar, y revisar quiere decir, eventualmente, rectificar.

(Discurso al Congreso. 16-3-1922.)

#### ESPIRITU DE CONCILIACION

... mi espíritu rechaza todo lo que puedan implicar rupturas definitivas, inconciliaciones absolutas.

(Discurso al Congreso. 10-5-1922.)

#### LAS REVOLUCIONES SON INEFICACES

... cada día tengo menos fe en la eficacia de las revoluciones.

(Discurso al Congreso. 10-5-1922.)

#### ANTIRREVOLUCIONARIO

Hubo quienes pensaron que la acción parlamentaria de la Solidaridad tenía que ser eminentemente revolucionaria; que su objetivo tenía que ser el de derrocar gobiernos y debilitar la monarquía. Esto no se ha hecho y yo, por la parte que me corresponde, me siento orgulloso de no haberlo hecho.

(Artículo en el Brusi. 14-9-1909.)

#### CONTRA LA VIOLENCIA

Es necesario acabar con el imperio de la violencia, que lo puede destruir todo. Es necesario ir a la deliberación serena y a la justicia implacable pero juiciosa, que lo puede resolver todo y lo puede salvar todo.

(Manifest sobre la cuestión social, març 1919.)

#### CONTRA LA TIRANIA Y LA DEMAGOGIA

... en ese sentido de acto gubernamentalismo que significa repudiar por igual la tiranía y la demagogia, que son dos manifestaciones de un mismo mal —la muerte de la libertad pública— no nos aventajará nadie.

(Discurso al Congreso. 8-5-1912.)

#### A FAVOR DE LA AUTONOMIA UNIVERSITARIA

... veréis entre las escuelas de Barcelona que la única que ha disfrutado de un principio de autonomía, que es la Escuela de Agricultura, es la única escuela fecunda.

(Intervención en el Congreso. 26 de octubre de 1907.)

#### DEFENSA DE LA DIVERSIDAD

¿Por qué no reconocéis la variedad? ¿Por qué no permitís que esos organismos más cercanos a las necesidades de los pueblos, que deberían crearse fuertes y robustos, realicen esa obra de pacificación de los espíritus que es la obra de salvación de España.

(Intervención en el Congreso. 26 de octubre de 1907.)

#### DEFENSA DE LA RIQUEZA

Tendréis a veces que defender la riqueza, aun a pesar de los ricos.

(Discurso en Bilbao, 28-1-1917.)

#### ENERGIA Y PRUDENCIA

Los pueblos alcanzan lo que merecen si al servicio de sus merecimientos saben poner una energía sin límites y una prudencia no menor a su energía.

(Declaraciones a «Las Noticias». 13-11-1907.)

#### ACEPTACION DE LA MONARQUIA

El que os dirige la palabra considera que al intervenir en la política general española ha aceptado, con plenitud de convicción, sin reservas mentales, el actual régimen monárquico.

(Conferencia en el Círculo Mercantil de Zaragoza, 20-12-1911.)

#### SEPARACION DE LA IGLESIA Y EL ESTADO

Yo creo que la separación entre la Iglesia y el Estado, si llegara hoy, lle-

garía con unas condiciones de gran respeto a la Iglesia ... En caso contrario, llegará un día en que se irá a la superación con un espíritu de odio y persecución y de ultraje, que provocará una guerra religiosa que puede acabar para siempre con el porvenir de España.

(Declaraciones al «New York Herald». 25-10-1910.)

#### EL TALENTO DE UN HOMBRE DE ESTADO

El talento de un hombre de Estado, más que en sus grandes aciertos —en los que, a veces, el azar juega un papel principal— se prueba en la forma de salir de una situación difícil y de rectificar un error inicial.

(«Visions d'Orient», 1924)

#### A FAVOR DE UN REGIMEN PRESIDENCIALISTA

El régimen presidencialista —que tantas veces he defendido, presentándolo como el mejor sistema para armonizar la democracia con la autoridad— puede funcionar tanto en una República como en una Monarquía.

(Prólogo al libro de Muñoz Casillas «Los sistemas presidenciales». 1929.)

#### EL PARLAMENTO EN UN REGIMEN PRESIDENCIALISTA

El Parlamento, en los países de régimen presidencialista, tiene más prestigio que en los de régimen parlamentario puro: tiene menos funciones, pero las cumple mejor, y es de la perfección con que se ejercen y no de la extensión con que se tienen atribuidas las funciones de donde viene la eficacia y, con ella, el prestigio de las instituciones públicas.

(«En torno del Feixisme italià». Barcelona, 1924.)

#### IBERISMO

El ideal colectivo, el único ideal colectivo que puede forjar una gran España, es el que la geografía y la historia nos señalan: el iberismo. La geografía nos dice que España, separada de Portugal, es una unidad política mutilada. La historia nos enseña que la separación de Portugal marcó el fin de España como primera potencia.

(«Per la concòrdia». Barcelona, 1930.)

#### ORGANIZACION FEDERATIVA

Unicamente con la garantía de una organización federativa podría Portugal sentir el deseo de ingresar en una comunidad de pueblos peninsulares.

(«Per la concòrdia». Barcelona, 1930.)

#### LA CONCIENCIA POR ENCIMA DE LA POPULARIDAD

En el transcurso de mi actuación política me he hallado muchas veces ante el dilema de sacrificar mi popularidad o traicionar mi conciencia. ¡Nunca he dudado lo más mínimo: he sacrificado mi popularidad!

(Discurso en catalán, en Castellterçol. 13-11-1914.)

#### NECESIDAD DE LOS PARTIDOS

Necesitáis partidos de gobierno, partidos de oposición, señor Maura; los necesitáis, para crear grandes fuerzas sociales, no que protesten, sino que estén dispuestas a poner sus hombres y sus energías al servicio de un Gobierno que dé la batalla a los prejuicios, a las ignorancias, a las rutinas, a los egoísmos.

(Discurso al Congreso. 16-6-1914.)

#### LAS CORTES Y LOS PARTIDOS

El régimen parlamentario exige la existencia de partidos que estimulen y canalicen las corrientes de opinión pública y que, en su nombre, ejerzan el poder. En un país en el que los ciu-



Dibujo de R. Casas.



Dibujo de Opisso.

dadanos han llegado a un grado de cultura y de civismo algo elevado, los partidos constituyen las estructuras orgánicas de la opinión pública.

(«Les dictadures». — Barcelona 1929.)

#### NECESIDAD DE LA OPOSICION

Todos tenemos una irreductible inclinación a creer que nuestros deseos son realidades y, si añadimos a ello la desgracia de que nadie se atreve a contradecirnos, acabamos creyendo que nuestras palabras y nuestros pensamientos constituyen la mismísima verdad que en nosotros ha tomado cuerpo. El hombre aislado, rodeado por la cerca del respeto o del temor, y privado, por tanto, del contacto con las opiniones ajenas, acaba atribuyéndose una especie de infalibilidad hasta tal punto que incluso el silencio impuesto acaba siendo, a sus ojos, una muestra de conformismo.

(«Per la concòrdia». Barcelona, 1930.)

#### FUGACIDAD DE LOS REGIMENES Y DE LOS GOBIERNOS

El Estado, órgano político de una nación, debe organizarse y funcionar sobre la base de una duración indefinida del hecho natural que tiene que regir. Los regímenes y los Gobiernos, que representan un momento, únicamente un momento, en la vida de un pueblo, han de tener, como condición esencial, su normal sustitución. Podrá un Gobierno, podrá un régimen ser pródigo en eficacias; pero si no asegura su normal sustitución tiene, por este solo hecho, un inconveniente que neutraliza todos sus méritos y todas sus ventajas.

(«Les dictadures». Barcelona, 1929.)

#### PREPARACION PARA LA VIDA COLECTIVA

Tenemos que preparar al pueblo de Cataluña para la vida colectiva, haciendo que la fuerza del individualismo de sus hijos converja en una acción de conjunto, armoniosa y disciplinada. Tenemos que curarlo del amor a las fórmulas abstractas, y a los principios doctrinarios, que son fruto —creo— de la vanidad del hombre; tenemos que encarrilarlo con la fecunda variedad de la vida; tenemos que darle conciencia de la responsabilidad, educándolo para el uso de la libertad colectiva; tenemos que predicarle amor y tolerancia, que la violencia y el odio son frutos de maledicencia; tenemos que curarlo del pesimismo, signo de debilidad y origen de mayores endeblesces, insuflándole un sano optimismo generador de nuevas energías.

(Artículo en catalán, en «La Veu», 18-9-1909.)

#### TIEMPO DE MEDITACION

Las horas actuales son las más adecuadas para el estudio y la meditación, puesto que no turba nuestra serenidad la fiebre de una acción cuyo momento no ha llegado todavía, pero aviva ya nuestro interés la inminencia del momento en que la acción política deberá producirse.

(«Per la concòrdia». Barcelona, 1930.)

#### VUELTA AL PASADO, NO.

Al pasado, nadie quiere volver.

(«Per la concòrdia». Barcelona, 1930.)

Se ha dicho en alguna ocasión que una antología refleja más el pensamiento de quien la realiza que el del propio autor de las citas que se recogen. Por mi parte creo, sinceramente, que reflejan el espíritu de Cambó —el espíritu que seguiría impulsando su acción si se hallara todavía entre nosotros—, pero no vacilo en afirmar que reflejan, también, mi propio pensamiento. Este es el motivo por el cual, un cuarto de siglo después de su muerte, sigo sintiéndome y llamándome cambonista.

S. M. I. B.

# CITA CON LA SOMBRA DE DON FRANCISCO CAMBO

José M.<sup>a</sup> Pi Suñer

Cuando uno tiene muchos años de edad, la contemplación del pasado atenúa la sensación de cansancio que da haber andado tanto. Nos situamos en tiempos vitales, y nos parece que la fuerza de entonces aumenta el ánimo presente.

Uno de los perfiles más interesantes de los conocidos por razón de mis cargos funcionaristas, fue la figura sensacional de este hombre, evocado en mi artículo. Me lo presentó, una mañana, don Enrique Prat de la Riba, presidente de la Diputación Provincial, a la que yo servía como oficial letrado. El encuentro tuvo lugar en el despacho del presidente, después de haberle recogido la firma, muy clara en los primeros tiempos de la presidencia, y casi ininteligible andando el tiempo. Don Enrique estaba entregado a su tarea desde poco después de las nueve de la mañana. Permanecía en la Casa hasta las dos de la tarde. Se ocupaba de la dirección de «La Veu de Catalunya» a partir de las cinco, y era frecuente verle de nuevo en su despacho a última hora. Don Enrique ponía todo su afán, que no era poco, en las tareas provinciales, con la vista dirigida hacia la región. Era persona de una corrección exquisita. Tenía mucho don de gentes y además la habilidad de sugerir en el interlocutor la sensación de que las ideas que el señor Prat exponía, eran las suyas, como si el visitante hubiera llevado la iniciativa en el diálogo.

Yo conocía muchísimo de vista al señor Cambó, pero no le había estrechado nunca la mano. Por la mañana siempre se notaba muchísimo movimiento en la Diputación. Habían pasado las épocas artificiales de los partidos políticos de turno. Cuando yo entré en mi servicio, regía los destinos de la Casa, como presidente, el señor Sostres Rey. La parquedad de funciones asignadas al Cuerpo Provincial por la Ley de Organización de las Diputaciones, de 29 de agosto de 1882, daba un ritmo lento y tranquilo a la vida del Organismo. Extrañé siempre que alguien asistiera a sus sesiones. Se celebraban en una ampulosa sala en cuadrilátero, con comodísimos sillones, tapizados de rojo, adosados a la pared, muy propicios para dormir. La reunión importante la constituía la primera del periodo. A ella asistía el señor gobernador civil, que tomaba la palabra para recordar a los miembros de la tranquila Corporación el deber de velar atentamente por la vigilancia de los intereses materiales y morales de los pueblos, todo ello con arreglo a las leyes y dentro de los preceptos vigentes. Después de estas palabras, se levantaba el señor presidente y tranquilizaba al goberna-

dor, asegurándole que los intereses materiales y morales de los pueblos serían siempre atendidos con la mayor escrupulosidad. El señor gobernador quedaba muy contento de esta seguridad y se retiraba, con los diputados, al Salón de la Presidencia, en donde se servían pastas y jerez. Es lo que hoy se llama «una copa de vino español». Después de un alegre cambio de impresiones, que no tenían nada que ver con la ley de 29 de agosto de 1882, el señor gobernador se retiraba. Acompañabanlo hasta la puerta del edificio, el presidente de la Corporación y los miembros de la Comisión Provincial. Después de haber partido el coche de la autoridad superior, regresaban al salón para que siguiera la sesión. El secretario del Cuerpo Provincial leía la parte dispositiva de los dictámenes. Acostumbraba este funcionario a tener una voz gangosa y ligeramente áspera. Los diputados se iban adormeciendo. Después de la lectura, que casi parecía el rezo de una letanía, el señor presidente preguntaba si se aprobaba el dictamen. Se hacía un silencio sepulcral. Entonces, el conductor de la sesión, pronunciaba las palabras clásicas: «queda aprobado el dictamen». Y después de un dictamen, otro. Y después de una sesión, otra. En la parte del acto destinada a ruegos y preguntas, nadie rogaba nada y preguntaba menos. Después de un año, otro año. Y así sucesivamente. Nadie molestaba la tranquilidad política del Cuerpo Provincial. Podía partirse de la grata afirmación de que existía una unanimidad completa. Después de una sesión tan aburrida, llegaba la hora de alegrarse. Muchos diputados, sobre todo los que no tenían esposas celosas, iban a cenar al restaurante Martín, de la Rambla del Centro. A los políticos les ha gustado mucho cenar fuera de casa. El menú era ampuloso; tres o cuatro platos, rematados por un helado de tonante. Muy contentos todos, era lo corriente marchar al Teatro del Liceo, desparramándose por distintos palcos, en donde había siempre algún sitio vacante, a fin de embelesarse escuchando la delicada voz de la tiple, o la aterciopelada del tenor, de las sentimentales óperas de Bellini y su época, cosa que a la vez permitía volver los ojos al pasado y recordar la juventud y los deliciosos devaneos.

Todo esto era muy simpático. Jamás le pasó a nadie por la cabeza que la idea de «región», pudiera venir a perturbar la dorada tranquilidad de un Cuerpo regido por una ley tan pacífica y tan llena de entendimiento, como la de 29 de agosto de 1882.

Pero las cosas cambiaron de signo cuando los diputados fueron hijos del sufragio. Prat de la Riba, desde el primer momento, puso en marcha una política destinada a recoger las ansias de los pueblos. El día que me presentó a don Francisco Cambó, mostraba éste gran animación. A pesar de que su presencia era amable y serena —sus ojos miraban intensamente siempre, con un claro deseo de internarse en las profundidades de quien

con él hablaba— no podía reprimir su comentario enérgico y esquinado en presencia de críticas que llegaban a él. Algo le ponía fuera de quicio: la tendencia a considerar lo catalán como una cosa hostil. Había dicho frecuentemente que la gente debía acostumbrarse a estimar el catalanismo, no como un fenómeno antiespañol, sino como un fenómeno españolísimo.

Es extraordinario que habiéndole creído, por muchas grandes figuras nacionales, que fue el mejor político del siglo XX, no hubiera gobernado. Esto no lo aceptó nunca como justo. Afirmaba que su grupo estaba formado por hombres preparados para gobernar.

La impresión que daba Cambó era la de un luchador infatigable. Su acción tenía lugar en Madrid. De los grandes políticos de la Lliga Regionalista, Prat de la Riba actuó en Barcelona, en la Diputación y en la Mancomunidad, Durán y Ventosa en el Ayuntamiento, Puig y Cadafalch, en su momento, en la Mancomunidad y Ventosa y Calvell en Madrid. Ciertamente es que Cambó se había formado en el Ayuntamiento de Barcelona. Su lucha contra las inmoralidades de algunos concejales le dieron un extraordinario prestigio, pero era figura para mayor empresa. Recordemos que uno de sus temas favoritos era pensar «en l'Espanya gran» y su mirada se situaba lejos de las cosas de Cataluña. Es impresionante ver su convicción en el discurso que en 1918 pronunció en Covadonga ante los Reyes en uno de los actos conmemorativos de la Reconquista. La histórica fotografía le presenta rodeado de los máximos mandos militares y el mismo Don Alfonso XIII parece aborrido ante su discurso.

Para poder conseguir su deseo, tuvo Cambó en el Congreso enemigos irreconciliables como Moret y Santiago Alba. Es lástima que con éste no pudiera entenderse. Alba era conceptualizado como un hombre moderno. Hablaba un castellano sobrio, muy apartado de la vieja elocuencia parlamentaria de Moret y del lirismo desbordado de muchos oradores. Era enemigo de las improvisaciones y de la política oficial y artificial. En esto se parecía mucho a don Francisco. Pero no pudieron ligar.

«Tenía Alba «un ideal» que servir? No lo aseguro. Pero Cambó sí lo tenía. Precisamente el periódico «El País», en su edición de 9 de noviembre de 1907, hablando de su intervención con motivo del proyecto de ley de régimen local, escribe: «Ha triunfado el señor Cambó y ha producido una enorme impresión en las Cortes, porque llevó al debate un ideal». Este ideal conectaba la Cataluña deseada, con el resto de España, con un fondo de muy denso catalanismo. Quizás, en alguna ocasión, en Cataluña, alguien le negó este hondo sentimiento. Los que le vimos muchas veces de cerca, sabemos que Cataluña le arrastraba. Yo le he visto llorar, al darse cuenta del entusiasmo de las multitudes en los viejos días de la Solidaridad catalana. El hecho de actuar Cambó tanto en

Madrid, y de haber salido yo de la Diputación Provincial, para pasar al Ayuntamiento de Barcelona en el cargo de jefe de Ensanche, dificultó muy frecuentes contactos con él, pero sabía perfectamente lo que pensaba y sentía, por mi amistad con personas de su trato continuado, como Miguel Vidal y Guardiola, hombre de gran talento que le facilitó la coordinación con grandes empresas económicas extranjeras, desarrolladas más tarde en Barcelona y posteriormente en Buenos Aires, y con Juan Estelrich, espíritu finísimo y de una honda cultura. En alguna ocasión le había visto yo en el Congreso, acompañando a alguna Comisión del Ayuntamiento de Barcelona, que perseguía su protección y su influencia para salir adelante en algún asunto difícil. A pesar de que se tratara de amigos suyos, era duro con los visitantes, si la petición la estimaba descabellada. Ayudaba al correligionario, si tenía razón. Hay muchos políticos que han aguantado pacientemente al correligionario. Cambó no. Cito entre los primeros a don José M.<sup>a</sup> Vallés y Ribot, la figura máxima del federalismo en Cataluña. En una ocasión un amigo suyo, viendo que tenía la antesala de su bufete de abogado absolutamente llena, le dijo:

—«El felicito per l'èxit professional.»

El señor Vallés, con un gesto molesto, le atajó así:

—«Tots son federals!»

Y entonces vino la pregunta cáustica:

—«Això vol dir que no paguen?»

Don José M.<sup>a</sup> cerró el diálogo en esta forma:

—«Està clar. Els correligionaris no paguen mai, però això no és lo més important. El pitjor és que mai no tenen raó.»

El señor Cambó hubiera tenido menos llena la antesala.

Volví a ver con cierta frecuencia al gran político catalán cuando se produjo el intenso movimiento autonomista de los años 1918 y 1919. El señor Puig y Cadafalch, que entonces era presidente de la Mancomunidad, había nombrado una comisión para que preparara los proyectos de autonomía, de la cual yo fui secretario. Por cierto que el señor Puig pronunció una vez una frase que pone en evidencia que era un hombre cauto en el obrar. Los elementos extremistas de la Comisión, deseaban que se actuara con la máxima energía y me pidieron si cabía sugerirle la adopción de posturas radicales. Lo hice así y me contestó:

—«Quan la guerra de Cuba, els diaris deien: "El general Martínez Campos galopó toda la tarde". Vostè comprendrà que no sabent montar, jo no podria portar el cavall ni al pas.»

Con esto aplastó las presiones que se le hacían.

El señor Cambó asistió a alguna de las reuniones. La necesidad de una fórmula era indispensable. No cabía mantener para siempre el R. D. de 30 de noviembre de 1833, que dividió España en 49 provincias, al estilo unitario francés, vertebración administrativa contra la que fracasaron varios in-



Cambó, ministro de Hacienda en 1921, conversando con periodistas en la Plaza de la Armería.

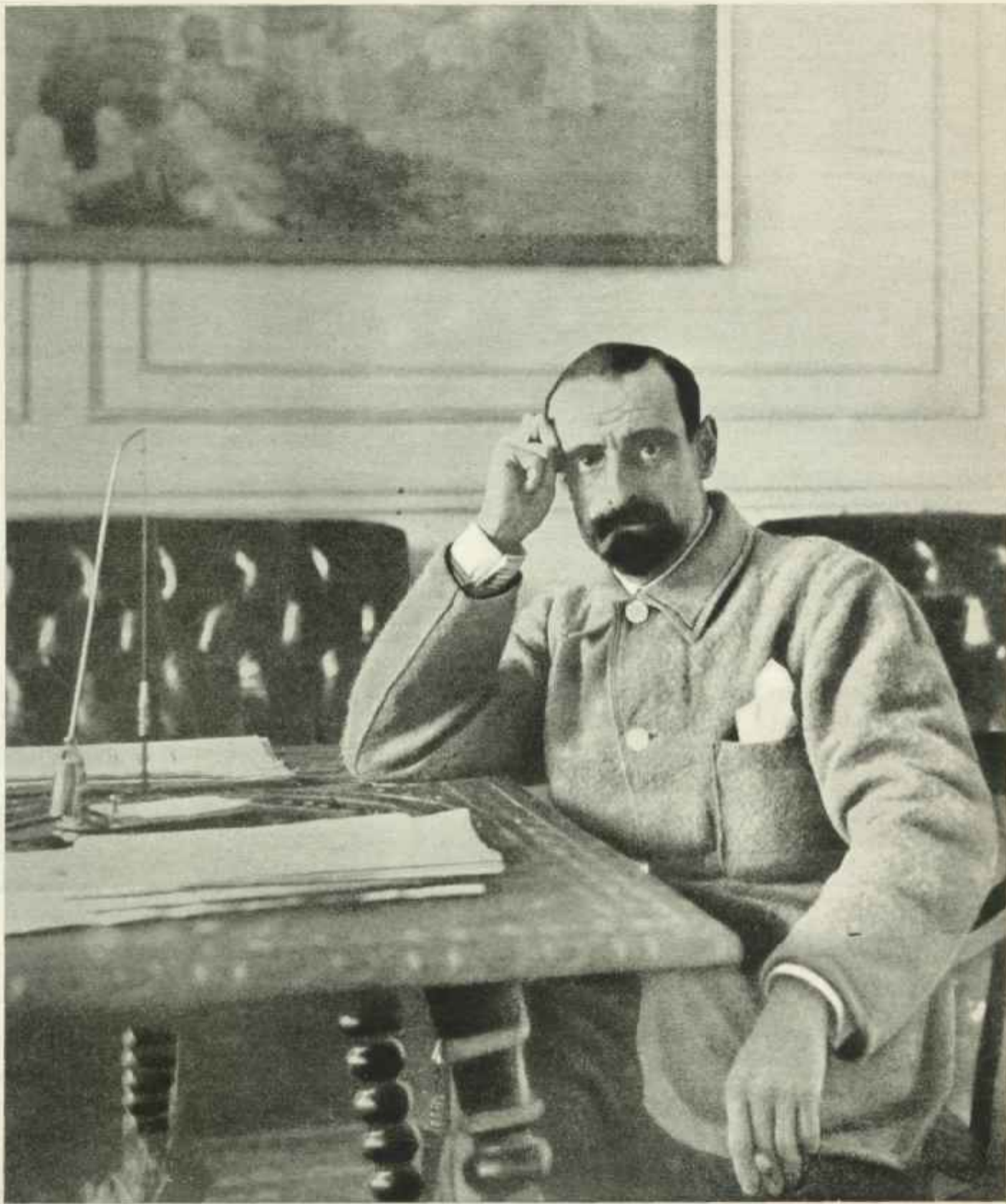
tentos regionales, como el de don Patricio de la Escosura, en 1847, para dividir España en 11 regiones y los proyectos de ley de don Manuel Durán y Bas en 1865 y 1880. Tampoco pudo prosperar la propuesta de regionalización de don Francisco Silvela, presentada a las Cortes en 1899. Hubo dos proyectos de estatuto autonómico, uno elaborado por el Consejo de la Mancomunidad de Cataluña y los parlamentarios catalanes, y otro por la llamada Comisión Extraparlamentaria, nombrada por el Gobierno y presidida por el conde de Romanones; y aunque la idea regional tuvo el apoyo de las Diputaciones castellano-leonesas que en bloque dirigieron un mensaje al rey, en el sentido de patrocinar las medidas encaminadas a un fecundo desenvolvimiento de provincias y municipios, no se llegó a la culminación autonomista hasta la constitución de la República de 1931 y el Estatuto de Cataluña de 1932.

Pero don Francisco Cambó no era sólo un político. Su personalidad, además de moverse en asuntos financieros de la máxima importancia, le hacía sentir el arte profundamente, tendencia cuyo resultado fue la adquisición de magníficas obras pictóricas, cuya historia, ya en su mano, conoce muy bien Barcelona. Su amor por el arte y la cultura explica el empeño en crear focos de difusión del pensamiento y de la obra humana. A él se debe el maravilloso esfuerzo de haber traducido al catalán, expertos estudiosos, la literatura clásica, y creado centros como «Conferencia Club», que situó en el hotel Ritz y fue un foco cultural de la vida social barcelonesa. Se movía divinamente entre las damas. Yo le encontré, con bastante frecuencia, en cenas que había dado la inolvidable Isabel Llorach, presidenta de «Conferencia Club», y en distintas casas de la alta sociedad. Entonces eran bastante frecuentes. Estos momentos de ocio no le hacían perder excesivo tiempo. Recordaba que muy de mañana tenía que estar sobre el trabajo, de modo que a las doce en punto se levantaba y despedía de los asistentes. Esto no lo he visto hacer a nadie. Lo que a mí me indignaba de estas reuniones, es que terminaran a las dos o más tarde, pero don Francisco tenía autoridad para imponerse. Era un hombre habilísimo en el diálogo. Recuerdo que una noche divagó ligeramente sobre el tema del catalanismo con la deliciosa Solin Santángelo, en términos de la mejor maestría y consideración. Por su vertiente artística, era un entusiasta de Italia. Yo le había oído hablar del Renacimiento, que tuvo su base más segura en la Italia de las mil luces: la luz de los lagos lombardos, ligera, diáfana, matizada por el vaho de las aguas; la luz veneciana, vaporizada, de color de rosa; la luz toscana, tan joven, que parecía iluminar la eterna juventud de los dioses; la luz de oro de Roma, producto de una alquimia milenaria, densa como el aceite y la sangre; la luz de Nápoles, despótica y desnuda; y la inmortal de Florencia, con su glorioso siglo XV excepcional, ofreciendo la dulzura de sus primaveras, la belleza de las mujeres, los jardines perfumados, las cabalgatas mitológicas en las calles, las noches silenciosas, hondas, impresionantes, florentinas, no sólo en la ciudad, sino en el campo, donde los jóvenes, bajo los mirtos y los laureles, comentaban las poesías de Virgilio, mientras, en la noche infinita, seguían los astros su marcha solemne y misteriosa.

Parece que estoy viendo a don Francisco Cambó, como si me hubiera dado cita, para recordar rasgos peculiares en él. En la densa e impresionante historia que ha quedado atrás de nosotros y se ofrece como un mar revuelto, en el que se disiparon anhelos, angustias, alegrías y dolores, se destaca la figura de este ilustre prócer catalán que habrá de ser siempre tema de estudio y admiración por su cultura, su honradez, su hombría de bien, su inspiración, su alto ideal político, su insobornable amor a Cataluña.

JOSE M. PI SUNER

# CAMBO VISTO POR JOSE PLA



Don Francisco Cambó en el Ministerio de Hacienda (1921).

José M.<sup>a</sup> Corredor

**P**recisemos, para empezar: Cambó visto por Pla en 1928, fecha en que sale a luz el primer volumen de la trilogía que lleva por subtítulo «Materiales para una historia de estos últimos años». Es decir, que ha transcurrido un lapso de tiempo más que suficiente para que ciertas opiniones puedan afianzarse o, al contrario, matizarse; de ser así —será posible observarlo en este mismo número de DESTINO—, las comparaciones cobrarían un interés especial.

El año anterior, en el libro *Els marges*, Carles Riba había hablado elogiosamente del joven Pla, en quien veía «un diletante de los instintos» (frente al cauteloso diletantismo orsiano). Riba añadía: «No es esto nuevo en Cataluña; quién sabe si incluso no le es más consubstancial que el *seny* definido según las medidas de la Bien Plantada; y no es su instinto menos crítico que ha impulsado a Josep Pla a declararse harto de tanto *seny*. Los grandes instintos han predominado en la historia de nuestra cultura». La reacción del joven palafrugellense contra el «clasicismo armónico», el «arbitrismo» y otras monsergas de Xènius ha provocado en su día más de una confusión; se ha querido ver en él un revolucionario, irreverente respecto de ciertos ídolos consagrados y destructor de convenciones más o menos enraizadas; lo será, en efecto,

en el terreno literario, pero su libro sobre Cambó y su salto de «La Publicitat» a «La Veu» demuestran que, en cuanto atañe a concepciones políticas, es todo lo contrario. Se trata de un temperamento conservador, que permanece adscrito —también por instinto— a la trayectoria del conservadurismo europeo, el cual, en nuestro país, ya en el siglo XIX había contado con tantos y tan eminentes adeptos (Milá i Fontanals, Rubió i Ors, Balmes, Llorens i Barba, Duran i Bas, Mañé i Flaquer, etcétera; lo que Menéndez y Pelayo denominaba «la escuela catalana» y oponía a la cerrazón reaccionaria de un Donoso Cortés).

Cambó, en aquellos años de la Dictadura, viaja mucho, sobre todo en su «yacht», y acrecienta su inteligente labor de mecenas. Alrededor suyo se ha ido formando una leyenda, cuya aureola acentúa e ilumina, por así decirlo,

sus grandes condiciones, que todos reconocen, que nadie discute. Tuvo la habilidad, o la precaución, de anunciar que se retiraba de la política —él, la personificación del *zoon politikon* aristotélico!— poco antes de «un infausto 13 de septiembre» (Pla dixit). ¿Cuál fue su actitud al prepararse el golpe de Estado? Las cartas cruzadas entre el presidente de la Mancomunidad, Puig i Cadafalch, y el capitán general de la IV Región, Miguel Primo de Rivera, al ser publicadas, en 1930, sirvieron para levantar la liebre. El propio Cambó, en una fecha posterior, precisó que todavía no había llegado el momento de dar a la publicidad una relación completa de cuanto había ocurrido. Es posible que hubiese sido más explícito en las memorias que empezaba a escribir cuando le sorprendió la muerte. (Según indicaba en una de sus últimas cartas, tropezaba con grandes dificultades para redactarlas, debido a que sus archivos habían sido saqueados «primeo por algunos anarquistas, y luego por algunos falangistas».) De todas formas, la consideración que siente el dictador por el ex líder regionalista es a todas luces evidente: en contraste con sus constantes ataques a los antiguos políticos dinásticos, el general manifiesta en cierta ocasión que don Francisco Cambó no puede tomarse vacaciones demasiado largas sin que sea en menoscabo de tareas «que España necesita».

Cambó publica libros y artículos, discutidos y parcialmente reproducidos; de vez en cuando hace declaraciones a las que la prensa —sometida a la censura consagra extensos y variados comentarios. (Obsérvese la diferencia de situación, digamos de prestigio, por ejemplo, con un ex presidente del Consejo como Romanones; Amadeu Hurtado cuenta en sus memorias que, por aquellos años, el jefe liberal le dijo un día en Madrid: «No viene a verme nadie. Sólo encuentro a algunos amigos cuando hay un entierro».) La admiración de Primo de Rivera por Cambó aparecerá en forma impresionante en las últimas declaraciones hechas en París a un periodista francés. Al preguntarle éste: «¿Y Cambó?», el general desterrado le contestará: «Es la gran mentalidad política española. Si hiciera una profesión clara de españolismo, serían legión los que le seguirían, y yo el primero de ellos».

La época. Llevamos ya unos años de dictadura. No se prevé el desenlace. La imprudente política anticatalana del dictador va dando los resultados inevitables (esto es, los más opuestos a las intenciones perseguidas). El sentimiento catalanista se extiende a sectores que antes le eran indiferentes, por no decir refractarios. De todos modos, a juzgar por las apariencias, la despolitización se ha generalizado. No se habla de huelgas. Tampoco, salvo en círculos muy reducidos, se habla de planes y proyectos para un futuro inmediato. (No se olvide que nos hallamos en lo que los franceses llaman *les années folles*, o sea los años que precedieron al crack de Wall Street.) Conservamos el recuerdo vivaz de una conversación escuchada en aquel mismo año 1928, en circunstancias tal vez un poco pintorescas; éramos muy jóvenes y, en Girona, participábamos por primera vez, como un encapuchado más, en una procesión de Semana Santa. En un momento dado, la procesión se detuvo a fin de que los *mananes* —en aquella época estimulados por el vino abundante— se «cruzaran», pasaran a la fila izquierda los de la fila derecha y viceversa, con gran estrépito de lanzas y tambaleándose con mayor o menor intensidad según el grado de «impregnación». Dos espectadores —un obrero y un sastre; en aquella época los gerundenses nos conocíamos todos— conversaban, públicamente, sobre cuestiones políticas. El hecho era insólito, y más aún ante el místico resplandor de los cirios. Uno y otro coincidían en que, al principio, se aseguraba que la Dictadura sería de cor-

ta duración, pero ahora ya se veía claro que duraría indefinidamente, y que «quizá» sus hijos presenciarían el final de la misma...

## De la elegía a la obra

Los tres volúmenes del *Cambó* de Pla comprenden nada menos que 980 páginas. Es fácil imaginar, me parece, que el presente artículo no tiene por finalidad examinarlas y comentarlas detenidamente. Por lo tanto, que nadie se llame a engaño. Lo único que pretendo es presentar un comentario global y algunas notas particulares acerca de una obra, entre cuya primera y segunda lectura ha mediado —es preciso repetir la expresión— nada menos que un poco más de cuarenta años.

Una primera observación sobre la oportunidad del libro al ser publicado. ¿Cambó y Pla fueron unos videntes, se percataron de que la balsa de aceite pronto daría paso a un nuevo periodo de luchas apasionadas y porfiadas? (Excesivamente apasionadas, sobre todo en el resto de España; mucha gente ignora actualmente que, en los meses anteriores a julio de 1936, incluso en Madrid se hablaba del «oasis catalán».) Visto a distancia, el libro parece que llegó a su hora, y que tanto su autor como su instigador, intuitivos geniales, poseían una admirable capacidad de previsión. Sin embargo, a medida que se releen sus páginas, no todo se presenta tan claro y tan brillante. Pla se lamenta repetidas veces del contraste entre la indiferencia que les rodea y el entusiasmo colectivo de una época muy cercana. Cambó, por su parte, refiriéndose a los tres últimos años del siglo pasado y a los primeros del actual, le declara textualmente: «La gente daba la cara con una dignidad que hoy parece perdida». (¡Ay, esa falta de perseverancia del catalán, vehementemente denunciada por Maragall y, cincuenta años más tarde, finamente analizada por nuestro amigo y conciudadano Vicens i Vives!) Algo más: la especie de teoría de las generaciones que Cambó expone a su interlocutor: «En Cataluña se observa claramente el juego oscilante de las generaciones. La generación de los hombres que hoy, si viviesen, tendrían cien años, la generación de Mañé i Flaquer para entendernos, tuvo un valor y un peso extraordinarios. La siguiente, la que nosotros desbancamos, había bajado de tono considerablemente y lo que parecían hombres eran, comparados con la generación anterior, unos perfectos muñecos. Se debe a ese descenso del promedio humano que nos fuese tan fácil sustituirlos. En realidad, no encontramos obstáculos. Ese juego balanceado se repite en nuestros días con las dos generaciones actualmente vivas. A mi generación la veo llena de hombres de pasión y de ambición. La que viene detrás de nosotros me parece flojísima, blanda y apocada. Es indudable que hoy en día, en Cataluña, el tono medio literario, artístico, social está más afinado y es más agradable que el tono de la gente de mi generación. Hoy, empero, no veo en esta sociedad ningún político, ningún hombre de acción, ningún hombre de ambición, ningún líder...». Es decir, que en 1928 el estadista no preveía convulsiones, sino la perpetuación de la indolencia. Y, no obstante, cualesquiera que sean los calificativos que se apliquen al periodo que se inicia dos años después, lo que puede afirmarse es que representó un retorno al marasmo caciquil...

«De la elegía a la obra», había escrito Xènius —una de sus expresiones acertadas— en un artículo necrológico sobre Prat de la Riba. El libro del actual solitario de Llofríu, especialmente en sus dos primeros volúmenes, describe y comenta ese tránsito del suspirar al actuar («salir de la pureza contemplativa y lanzarse de lleno a la lucha política»); la evolución de un movimiento heterogéneo, romántico y minoritario hacia un que-



Don Francisco Cambó en 1911 en su piso de la calle Gerona.



Con los profesores de la escuela Bíblica de los PP. Dominicos. A su lado el padre Légringe. (Foto de 1925.)



Reincorporación de Cambó a la propaganda oral. Discurso del 13 de noviembre de 1932.



Cambó rodeado por los periodistas (Madrid 1933).

hacer político de sentido constructivo, que no sólo será de reivindicación autonomista, sino que, fundándose —por primera vez en España— en una opinión pública que se expresa mediante el sufragio universal efectivo, perseguirá también, obstinadamente, la transformación radical del Estado español.

El primer volumen del *Cambó* abarca desde el regreso de Almirall a Barcelona, amargado y desengañado por los republicanos «grandilocuentes y delirantes» de 1873, hasta la escisión que se produce en la Lliga Regionalista en 1904, a raíz del discurso pronunciado por un joven concejal (Cambó) ante un monarca aún más joven (Alfonso XIII), que efectúa aquellos días su primera, y triunfal, visita a «la región catalana». El segundo trata de las consecuencias de la mencionada escisión, de los incidentes provocados por una insignificante caricatura del semanario «Cu-cut!», de la reacción popular que desemboca en la «Solidaritat» —en cuya organización tan eficazmente intervino Cambó— y en sus grandes victorias electorales, de la «labor disgregadora» —según Cambó y Pla; volveremos sobre este punto— de los hombres de la primera «Esquerra», de la desorientación provocada por la demagogia ferrouxista, de las consecuencias funestas que tuvieron para Antonio Maura las secuelas de la Semana Trágica, de las esperanzas, brutalmente quebrantadas, que despierta Canalejas, de la constitución de la Mancomunidad y del conflicto internacional llamado, al principio, «guerra europea».

Cambó declaró en una ocasión a Pla que los únicos hombres en quienes había encontrado una acogida y una comprensión cordiales eran Maura y Canalejas. Se comprende. Y se comprende también que un político tan sagaz como él se diese perfecta cuenta de que, arrinconado el primero y asesinado el segundo, y ante la agravación de todos los problemas planteados, el carro, conducido por medianías de unos partidos cada vez más atomizados y menos representativos, ya no saldría del pedregal.

El tercer volumen se ocupa de ese lento e inexorable proceso de desintegración: incidencias y consecuencias de la primera guerra mundial, conflictos sociales y pistoleroismo, obra positiva y fecunda de la Mancomunidad, Juntas de Defensa, Asamblea de Parlamentarios, huelga general de 1917, campaña camboniana por «la España grande», el desastre de Annual y sus funestos resultados, la anarquía entre los dirigentes y los dirigidos, los gobiernos de «concentración» y de «unión» nacional, el desfile vertiginoso de ministerios: Maura (llamado como un «jefe de bomberos», según la gráfica expresión de su incondicional amigo César Silió; es decir, cuando la casa parecía estar ardiendo por dentro), Dato, Romanones, García Prieto, Sánchez Toca, Allendesalazar, Alba, Sánchez Guerra, etcétera (de 1917 a 1923 hubo trece cambios totales de Gobierno y treinta crisis parciales). Y por último, un sable que corta por lo sano, pero con el que, en realidad, comienza una nueva e incierta aventura.

En un gran discurso pronunciado en las Cortes, en 1916, Cambó, con su elocuencia incisiva, había puesto ya el dedo en la llaga: «¿Qué renovación se ha producido en la política española? Una tristísima regresión. Cuando el desastre, creímos todos que se abría un paréntesis para la vida española, que al final de este paréntesis habría en España vida ciudadana y aparecerían partidos de opinión que ocupasen el poder. En el partido conservador se produjeron las iniciativas del señor Silvela, los intentos de renovación del señor Silvela, y más tarde, los intentos de renovación del señor Maura; y en el partido liberal, en los últimos tiempos de gobierno del señor Canalejas, hubo también intentos de rejuvenecer y dar un contenido

ideal al partido, en aquellas iniciativas, en aquellos discursos y en los memorables artículos que, coleccionados en un libro, os dejó don José Canalejas como programa y testamento, y que vosotros habéis repudiado y habéis abandonado. ¿Qué se ha hecho de todos aquellos intentos? Vedlo, señores diputados. El partido conservador, que dejó el poder hace pocos meses y que dirige don Eduardo Dato, busca su tradición en el partido de Cánovas... sin Cánovas; vosotros, los que gobernáis, en el partido de Sagasta... sin Sagasta. Los partidos del desastre, los partidos de la decadencia, los partidos sobre los cuales cayó la execración de todo el pueblo español, son hoy la bandera que vosotros levantáis ante el país.»

### Comentario final. Una sensación de malestar

¿Qué interés presenta en nuestros días el libro de Pla? Desde el punto de vista literario, un interés de primer orden. Es una obra clara, sugestiva, magníficamente escrita, en la que todo —las citas y los diálogos, los retratos de personajes y la descripción de escenas y ambientes— está armonizado, está dosificado con amabilidad y buen gusto. (No faltan en ella, como es natural tratándose de un *peix fregit* las notas de humor y las anécdotas pintorescas.)

En cuanto al contenido, si bien debe reconocerse su valor documental y todo cuanto aporta para un mejor conocimiento de la psicología y la actuación de Cambó, es preciso indicar asimismo que, en ciertos aspectos, se trata ante todo de una obra polémica, de una obra *engagée*. Cambó había sido, y continuaría siéndolo, un luchador político, a quien, como señala el palafrugellense, «no le privaría de actuar el tanto por ciento de miseria humana que entraña toda realización». (André Malraux —por el que tan pocas simpatías siente Pla— coincide con él sobre este punto al afirmar, precisamente en un libro relativo a nuestra última guerra civil: «Solamente el pensamiento es puro; la acción siempre es maniquea.»)

Dado el carácter más bien apologético que estrictamente biográfico del libro, el escritor adopta a veces los mismos procedimientos que el político, y por consiguiente, en algunas ocasiones es parcial e injusto. Por ejemplo, al referirse a los hombres de la primera Esquerra (Carner, Sunyol, Hurtado, Lluhi i Rissac, Corominas, etcétera). E incluso inexacto, cuando después de resumir lo que fue la elección de los «cuatro presidentes» en 1901, termina diciendo: «Tenía (Cambó) veinticuatro años, y ganó las elecciones». No, en la preparación y la organización de aquellos memorables comicios electorales, que representaron el principio del fin del caciquismo, tuvo tanta o más intervención que un joven procedente de Besalú, otro joven procedente del Vendrell, Jaume Carner —el cual, por cierto, treinta años después debía demostrar que también poseía excepcionales condiciones de hombre de gobierno.

Hay que desengañarse: tanto por lo que respecta a las «reales jornadas» (Maragall) de 1904 como al proyecto de Ley de Administración Local de Antonio Maura, era inevitable que surgieran divergencias entre los representantes catalanes —representantes «elegidos» ya, y no simplemente «nombrados»—. Los hombres de la primera Esquerra se encontraron con los estragos ocasionados por la demagogia ferrouxista, y por este motivo tropezaron con obstáculos casi insuperables. Sin ese valladar, las perspectivas hubiesen sido muy distintas, como lo fueron, a partir de 1934, para una segunda Esquerra y una Acció Catalana

prácticamente unificadas. Además, es muy significativo lo sucedido con Martí Barrera, ex director y ex administrador de la «Soli», a quien el propio Francesc Cambó felicitó en Madrid, ante los diputados de la Lliga, por su labor de «hombre de gobierno». ¿Qué camino hubiese seguido un Salvador Seguí, sin su trágico final, y tantos otros sindicalistas, cuando en 1931 se abrieron nuevos horizontes? Como no eran nada dogmáticos, muchos de ellos hubieran podido pasar de la «protesta» a la «obra» dentro de un partido de izquierda democrática, pero no de una organización derechista, por competentes que fuesen sus líderes.

La verdadera causa del fracaso estriba en la disparidad de estructuras socioeconómicas entre Cataluña y el resto de España. (Nada de ridículos separatismos; Cambó, en el régimen monárquico, y Carner, en el régimen republicano, adquieren una proyección y una irradiación hispánicas, infinitamente superiores a las de ciertas camarillas y ciertos periódicos estúpidamente «españolistas».) Hoy todo ha cambiado, y ya veremos lo que nos reserva el mañana.

Queda la ingente figura de Cambó. Era un conservador, por supuesto, pero tal como lo son los conservadores ingleses, y fue también un verdadero demócrata; uno de los políticos que más han contribuido a que en una parte del «ruedo ibérico» empezase a aplicarse el sufragio universal sin trampas ni pucherazos, a fin de que en el Parlamento se enfrentaran partidos que representasen sectores de opinión, y no continuara más, por haberse agotado su viabilidad, «la procesión de fantasmas» (Ortega y Gasset) que, como un mal menor, había entronizado el escéptico Cánovas. Le comprendieron y le admiraron Maura y Canalejas, los dos únicos «grandes» de un período de descomposición. Por su talento, por su constancia, por su actividad frenética, por su entrega apasionada a la *res publica*, si se le comparase con los políticos actuales de los países «evolucionados» (Nixon, Heath, Wilson, Pompidou, etc.), lo más probable es que su categoría fuese mucho más consistente, y su talla mucho más elevada.

En medio de tantos personajes y tantos episodios históricos, en el libro de Pla he visto algo —de apariencia insignificante— que ya me había impresionado cuando la primera lectura: en aquel centro de románticos que existía en Barcelona, antes de que la «selegia» intemporal condujera a la «obra» cotidiana, Cambó sentía un escalofrío al salir al balcón y al contemplar a los pacíficos ciudadanos —¿ciudadanos de qué país?— que permanecían insensibles e indiferentes a los entusiasmos de un cenáculo de soñadores. El político en ciernes, en quien la pasión no ahogaba la lucidez, sufría y se angustiaba al constatar su impotencia. (A la mayoría de sus amigos les bastaba el ensueño futurista y el delirio sentimental.) Que lo mediten ahora algunos jóvenes intelectuales, condenados casi por las circunstancias imperantes a la abstracción y a la *réverie*. La acción no reside en el dogmatismo estéril ni en los juegos malabares con ideas bellisimas; la acción, ¡ay!, como recordaba Malraux, no ofrece la seductora pureza de las vestales.

La última observación: ante una figura como Cambó, bastantes burguesitos catalanes de nuestros días, tan comodones y tan atrofiados, ¿no experimentan una sensación de malestar, por no decir de vergüenza?

Puesto que, al fin y al cabo, Cambó murió en el destierro —lo más terrible, lo más dramático para un hombre cuyas energías se concentraban en querer dejar su nombre y su huella en la construcción de la *polis*—. Y cabe preguntarse: en estos casos, ¿de quién es el fracaso, del político o del país?

JOSE MARIA CORREDOR

HEMEROTECA  
F. MERINO SANCHEZ

## TRES ESCRITOS INEDITOS DE DON FRANCISCO CAMBO

**C**on natural curiosidad se nos pregunta frecuentemente sobre la existencia de memorias personales de don Francisco Cambó, sus características y las previsiones en orden a su publicación. Lo que hemos contestado siempre es esto: existen las memorias propiamente dichas, pero son inseparables de otros escritos íntimos y personalísimos que él tituló «Meditacions».

Las primeras están escritas con clara intención de historiar la circunstancia que le tocó vivir activamente, o como testigo. Las «Meditacions», en cambio, son vivos comentarios y reflexiones, cotidianos, sobre los temas más diversos del pasado o del presente, sobre hechos o personas, anécdotas o categorías del propio país o de aquellos en los que, a la sazón, estaba morando.

La suma de ambas piezas constituye un documento extraordinario, y una y otra vez se complementan de manera singular. Pabón aclara en su prólogo al segundo volumen de la biografía que puede trazarse la vida del personaje desde dentro —psicología individual, intimidad, proceso y reacciones del carácter— o trazarla, contrariamente, por líneas exteriores. De modo similar, las memorias de don Francisco Cambó responden de manera rigurosa al segundo criterio. A través de las «Meditacions», en cambio, se puede atisbar la interioridad del personaje, desde luego, sin orden biográfico cronológico y menos aún exhaustivo, pero con profundísimas penetraciones.

Atendiendo las instrucciones por él dejadas, todo ello verá la luz dentro del conjunto de sus obras completas, cuya publicación empieza a planearse desde ahora, caímosa y serenamente. La última cosa que se nos podría pedir es que nos sirviéramos, con criterio oportunista, de unos testimonios deja-

dos para la posteridad con la independencia de juicio y la honradez de mente y de expresión que fueron su rasgo personal más característico, y mal iba a torcer o a acolchar en los umbrales de la eternidad.

A petición de DESTINO, y correspondiendo cordialísimamente a todo el afecto y estima mostrados por el semanario a su figura y a su memoria, se publican aquí tres «Meditaciones» como ejemplo, traducidas al castellano. «Meditacions» y «Meditacions» fueron escritas por él —huelga decirlo— en catalán. El facsímil de una de ellas resultará emotivo para muchos que conocieron sus blocs y su escritura inconfundible.

RAMON GUARDANS

14 - IV - 40:

### MONTREUX (Maryland)

Angel Herrera almorzó conmigo. Hemos hablado de España y hemos hablado del mundo. ¡De la España y del mundo de hoy! La conversación, naturalmente, no ha sido demasiado alegre.

Al despedirnos me ha anunciado que era la última vez que lo veía vestido de paisano: por dispensa especial de Roma en pocas semanas será subdiácono, diácono y presbítero; cuando nos volvamos a ver será sacerdote.

Y al decirme esto su fisonomía, habitualmente poco expresiva, se iluminaba de un inmenso gozo. Tengo que confesar que me ha dado envidia.

Consagrarse íntegramente a Dios en este tiempo de vuelo y trastorno de las cosas humanas... ¿qué mayor ideal para un creyente?

Yo veo el reposo y la serenidad que me dan los estudios históricos y arqueológicos al alejar mi pensamiento y mi vista de todas las miserias y de todos los horrores de los tiempos presentes. ¡Cuánto más profundo y más consolador tiene que ser entregarse por completo a Dios, que quiere decir la eternidad, el ayer más remoto, y el mañana más lejano, deslizando por encima de las miserias humanas!

¡Curioso destino el de este hombre! Dotado de enormes cualidades para la acción (talento, dinamismo, dotes de seducción, tenacidad, abnegación, conocimiento de los hombres...). Las consagró todas a crear en España unas derechas tolerantes, cultivadas, sinceramente católicas y caritativamente humanas y generosas. El trabajaba para la convivencia en el mutuo respeto de todos los españoles. Era comprensivo ante todos los problemas y, especialmente, los regionales y sociales.

La guerra civil significó el fracaso total de su obra. Por fortuna para él antes de que se produjera el cataclismo había ya emprendido la carrera del sacerdocio para consagrarse íntegramente a Dios.

Decididamente la suerte de Herrera es envidiable. Y nadie, nadie, puede envidiarle tanto como yo.

12 - V - 40:

### MONTREUX

Cuando un país democrático, en paz o en guerra, atraviesa una profunda crisis, el pueblo, la prensa y los políticos coinciden, en todas partes, en el mismo clamor: ¡hace falta un gobierno de unión nacional! No importa que todos los gobiernos llamados de unión nacional hayan fracasado siempre, gobernando con ineficacia y cayendo sin gloria: se olvida de prisa y al producirse de nuevo una situación crítica se levanta el mismo clamor con la misma fórmula que, a pesar de todos los fracasos, conserva siempre un prestigio mítico con una virginidad constantemente renovada.

En España también tuvimos nuestras grandes crisis, y a pesar de nuestro alejamiento del mundo y de sus glorias y perdiciones también se produjo el mito del Gobierno nacional. Formé parte de dos y esto me da autoridad para hablar.

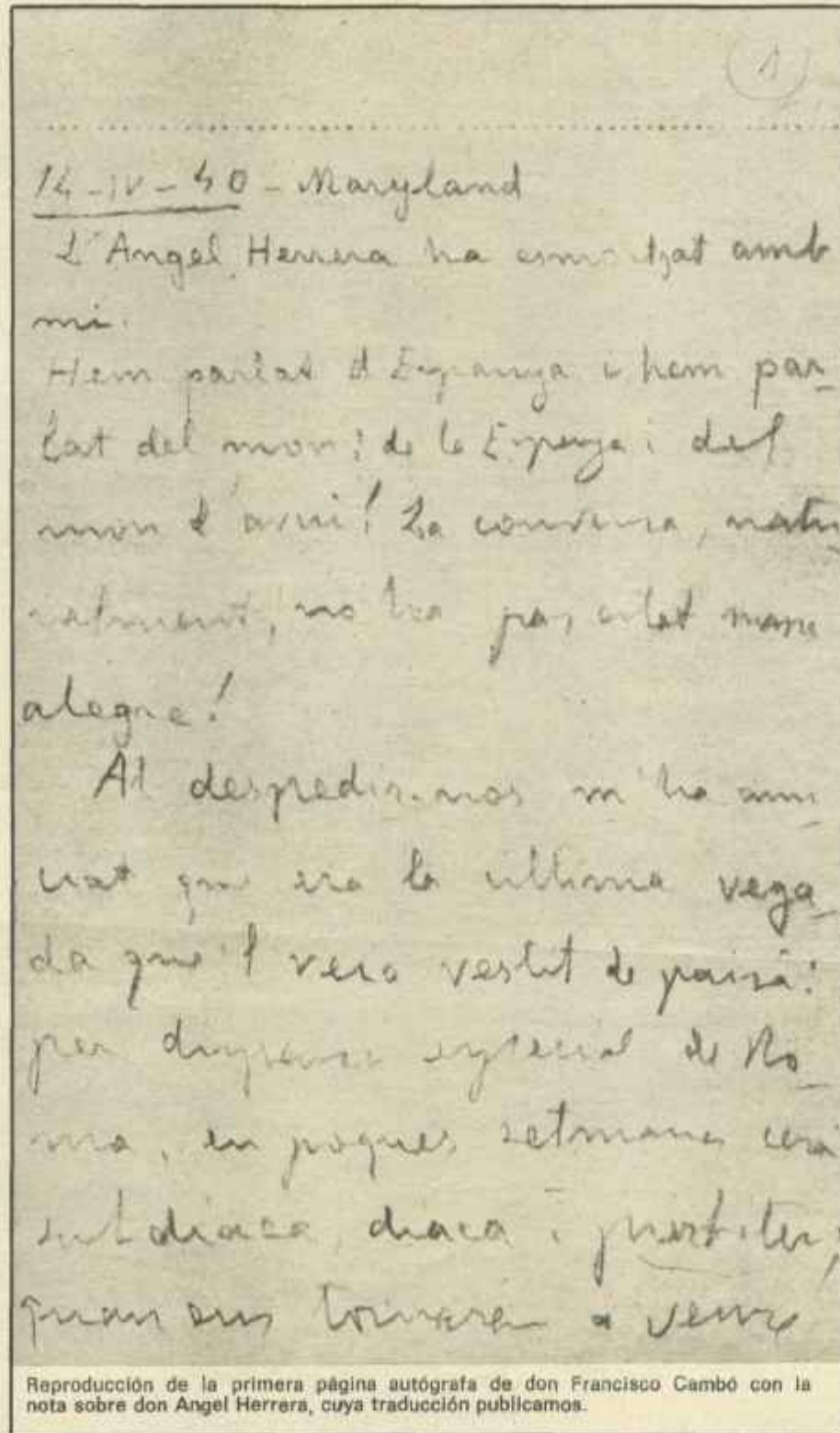
Un gobierno nacional, para que se le

dé este nombre y para que inspire confianza, hace falta que sea o la reunión de las mayores capacidades del país (que tienen sobre todos los problemas una idea propia) o un acoplamiento de partidos que tienen programas e intereses políticos contradictorios.

Piensen algunos ilusos que, al entrar en un gobierno de unión nacional, todos sus componentes dejarán en la puerta ideas, intereses y sentimientos que les son propios... para no recogerlos hasta su salida del gobierno... como los sombreros, abrigos y paraguas en un guardarropa. Absurda concepción

tiene, tal vez, mayores facilidades que en un gobierno de partido. ¡El caso es tan raro! Yo no recuerdo más que el de Mandel, en el gobierno Doumergue, y el mío, en los gobiernos Maura del 18 y 21; la acción del ministro activo, sin embargo, no tiene nunca nada que ver con los graves problemas que han provocado la formación del gobierno nacional.

En un gobierno nacional las responsabilidades quedan tan diluidas que nadie siente sobre sí la responsabilidad... Que es el factor más eficaz para que los hombres se superen.



Reproducción de la primera página autógrafa de don Francisco Cambó con la nota sobre don Angel Herrera, cuya traducción publicamos.

de cómo son y de cómo tienen que ser los hombres. Todos los componentes del gobierno entran en él con su significación, con sus ideas, con sus prejuicios y, lo que es peor, con todas las ambiciones personales y de partido.

Si el jefe del gobierno nacional es una personalidad fuerte —Lloyd George, Maura, Poincaré— la tarea de escuchar las opiniones y las pretensiones de los ministros le dejarán aún algunas energías, no muchas, para consagrarlas a la labor de gobierno. Si no tiene una gran autoridad y una fuerte capacidad de trabajo no le quedará tiempo para hacer nada: el gran gobierno nacional tiene como primer efecto el de anular totalmente, o de reducir considerablemente, la eficacia de su cabeza.

Verdad es que en un gobierno nacional un ministro que quiera trabajar

Tanto el presidente como los ministros ven así reducida su capacidad en un gobierno nacional.

Recordemos lo que pasó en Francia durante la pasada guerra, donde se vivió en régimen de gobierno nacional desde el comienzo hasta Clemenceau: el ejército, excepto el milagro del Marne, no recogía más que derrotas, y en la retaguardia un derrotismo cada día más hondo y más extendido hacía ver, como inminente, una próxima catástrofe.

Todo cambió radicalmente con la llegada de Clemenceau al poder, al frente de un gobierno homogéneo, de un gobierno de amigos o de secretarios, al cual Clemenceau no tenía que consultar nada, pudiendo consagrar todo el tiempo y todas las fuerzas a ganar la guerra, que era entonces, como hoy, todo el problema.

Imaginad a Clemenceau presidiendo un gobierno nacional, o éste habría caído el día siguiente o Clemenceau habría perdido toda su eficacia.

Y no es que Clemenceau fuera un hombre extraordinario: tenía patriotismo —¡como todos!— y tenía mal genio. Su fuerza, más que en sus cualidades, radicaba en gobernar sólo y en sentir el peso de la responsabilidad de gobernar sólo.

Doumergue, el político francés que ha subido al poder despertando mayor entusiasmo... y que cayó del poder en medio de la indiferencia general y sin haber hecho nada de provecho, si hubiera gobernado sólo, con un grupo de amigos fieles, podía haber vuelto al revés la política interior francesa.

Es un error, un gran error éste en que incurren los pueblos: creer que de una crisis difícil sólo se puede salir o con un gobierno nacional, o con un gran hombre. Además, las dos recetas son absolutamente contradictorias: el gran hombre, gobernando en dictador produce la máxima concentración de poderes en una persona y la máxima concentración de las energías de ésta a una finalidad determinada; caso Clemenceau, caso Hitler, caso Mussolini. Y el gobierno nacional representa, en cambio, la máxima dispersión y la reducción al mínimo de la atención que puede prestar el jefe al ejercicio de su misión.

26 DE ABRIL DE 1940

En la segunda etapa parlamentaria se produjo un hecho que contribuyó fuertemente a la creación del «mito catalán». Desde mi primer discurso comencé a ejercer sobre don Antonio Maura una sugestión que se fue acentuando hasta su traspaso. La carta que me mandó al día siguiente de mi debut parlamentario era una expresión bien clara de esto. Y como en aquel momento Maura tenía en España un prestigio inmenso, mi influencia sobre él ayudó, y mucho, a forjar el «mito catalán», y a dar a toda España la sensación de la superioridad de Cataluña y de los catalanes; sensación que no les ha ofendido nunca. Lo que ha ofendido y ofenderá siempre a los castellanos es la sensación de que los catalanes quieren separarse, quieren alejarse, quieren inhibirse. En aquella época eran expresiones corrientes éstas: «Hay que catalanizar a España», «Ustedes tienen que venir aquí y gobernarnos».

Si en aquel periodo yo me hubiera unido a Maura, el cual, sin ningún modo de duda, me habría proclamado su segundo... con derecho a futura sucesión, se habría producido en España una inmensa satisfacción y, probablemente, habría cambiado el curso de la historia de España y se habrían evitado muchos desastres que después hemos tenido que lamentar.

Mis campañas parlamentarias, que culminaron en los dos años 16 y 17, la Asamblea de parlamentarios y la actuación de Ventosa y mía en el gobierno nacional fueron factores importantísimos en la extensión y fortalecimiento del «mito catalán».

Yo recuerdo cómo en aquellos años me lo contaban viajeros de comercio: «En los rincones de España por el sólo hecho de ser catalanes los escuchaban como oráculos».

La campaña «pro-autonomía integral», iniciada cuando el mito tenía el máximo prestigio, causó en España una profunda desilusión y una gran amargura. Portago, el infeliz Portago, supo expresarlo con esta frase, que lo dice todo: «Creíamos tener un estadista y ahora resulta que no sabemos si es español».

En muchos, la decepción de aquella campaña derivó en rencor; en los mejores, en desconsuelo, con la esperanza de un reencuentro.

Y el año 21, al ir yo a Hacienda, se restableció el mito, debilitado sin duda. Apareció de nuevo el año 30... y se hundió definitivamente el año 31, cuando España conoció la clase de hombres en quienes Cataluña había depositado su confianza.

Cronología

El Señor Cambó, por José Pla

El Cambó que he conocido, por Narciso de Carreras

De lo vivido, por Jesús Pabón

Cambó o el espíritu que persiste, por Salvador Millet i Bel

Cita con la sombra de D. Francisco Cambó, por Jose M<sup>a</sup> Pi Suñer

Cambó visto por José Pla, por Jose M<sup>a</sup> Corredor

Tres escritos inéditos de Don Francisco Cambó